

Ignacio Manuel
Altamirano

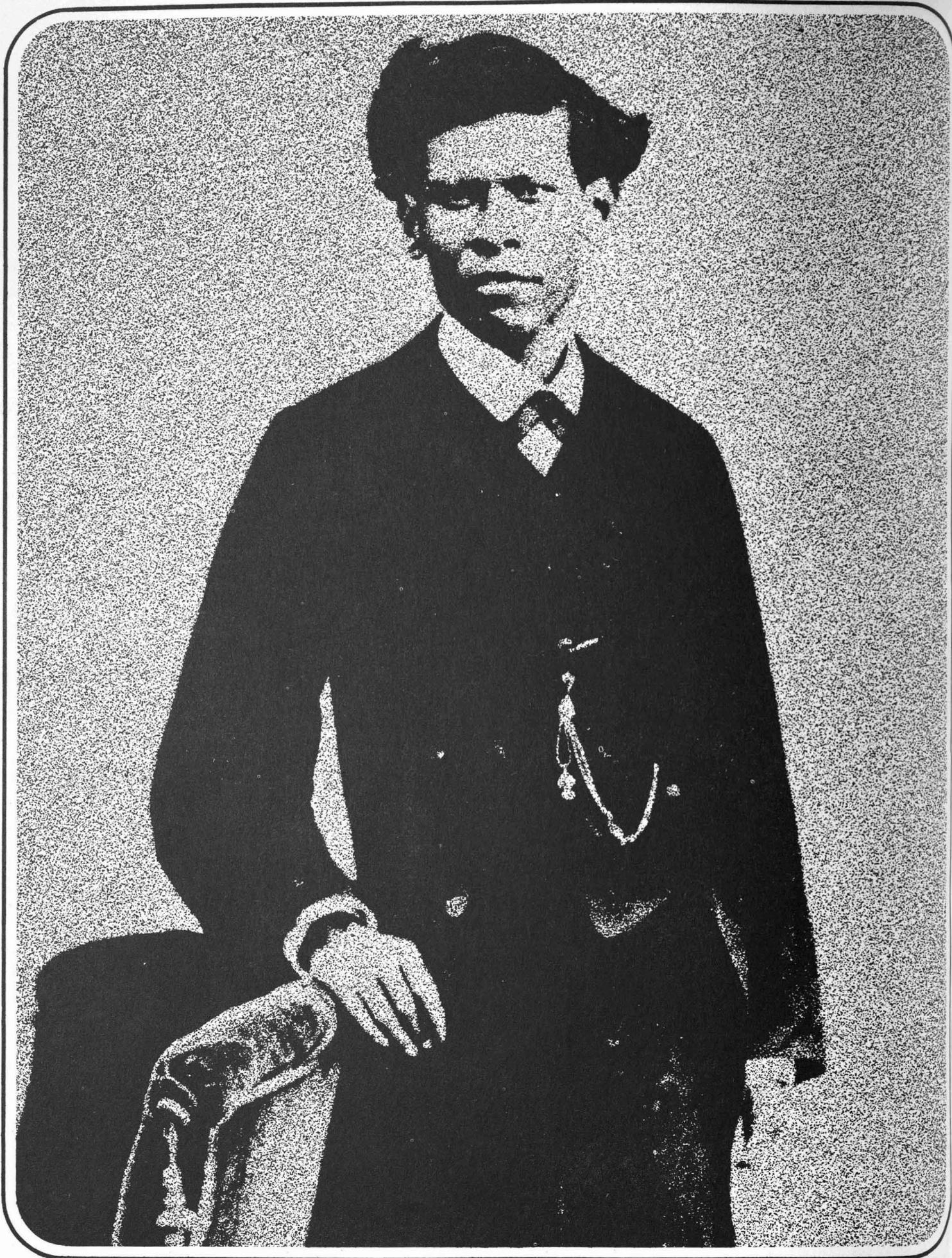
**Páginas
íntimas**

Cartas

**El maestro
de escuela**

Las publica la
Revista de la Universidad de México
en ocasión del centenario de
El Renacimiento
México,
noviembre/diciembre de 1969

*
Introducción y notas de
Gastón García Cantú



Páginas íntimas

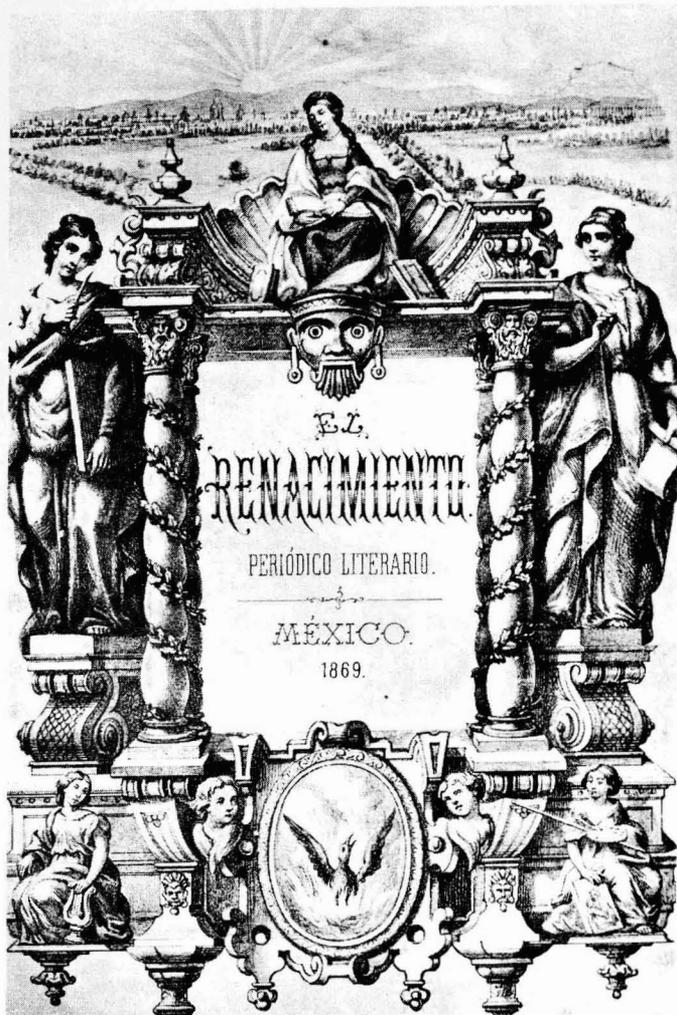
Introducción

...diríase que al evocar las memorias de su niñez desgraciada, como una consolación, hablaba el apóstol
Micrós.

A fines de 1869, la política nacional se dividía en dos corrientes: la lerdista y la porfirista. Había llegado el tiempo que Unamuno calificó del fulanismo. El Partido Liberal, unido frente a los conservadores y el ejército francés, se dividía para disputar a Juárez el poder. En septiembre, el 5o. Congreso amnistió a los imperialistas; a todos, menos al arzobispo Labastida y Dávalos y a Leonardo Márquez. El gobierno nacional se enfrentaba, ante Lerdo, a la conspiración; contra Díaz, a la rebelión. En Oaxaca, la hacienda de la Noria era ya una fábrica de granadas; de varios puntos de la costa Félix Díaz, gobernador del estado, hacía acarrear el armamento procedente de los Estados Unidos. En aquellas horas, Ignacio Manuel Altamirano funda *El Renacimiento*. En una de sus primeras crónicas, escribió: "En todo país civilizado, pero principalmente en las repúblicas como la nuestra, la base en que debe apoyarse el sistema de gobierno y en que pueden fundarse las esperanzas de grandeza y de glorias futuras, es la instrucción pública; pero no la instrucción pública como se ha tenido hasta aquí en México, a causa de sus constantes agitaciones, y como se tiene en los países regidos por el absolutismo, reducida a un limitado círculo de personas y otorgada solamente a ciertas clases; sino difundida en las masas, extendida hasta las clases más infelices, comunicada de la ciudad populosa al pueblo pequeño, a la aldea humilde, a la cabaña más insignificante y escondida entre los bosques. La instrucción primaria debe ser como el sol en el mediodía, debe iluminarlo todo, y no dejar ni antro ni rincón que no bañe con sus rayos. . ." El cronista Altamirano, párrafos adelante, describe la ceremonia de la repartición de premios en el teatro Nacional: "La concurrencia se apiñaba en las puertas; en el ancho salón resonaban a cada instante estruendosos aplausos. Algunas veces se oía un coro alegre y dulce de voces infantiles. Era la distribución de

premios en las escuelas municipales. El Presidente de la República, los ministros, el Ayuntamiento y las autoridades todas del Distrito Federal asistían a esta función; y el primero —Juárez— iba entregando a los niños del pueblo los premios que habían merecido. . ."1

A fines de diciembre, día 22, moría Francisco Zarco. Empezaba el año 1870. En mayo —se escogió el día 5— Altamirano declara instalada la Asociación de *Libres Pensadores de México* y lanza otro periódico: *El Libre Pensador*.² Justo Sierra, Manuel Acuña y Gustavo A. Baz son algunos de los fundadores. En su discurso inaugural, Altamirano abre el fuego: "El levantamiento de este partido (el conservador) nada puede hacer contra las instituciones democráticas, es verdad: desarmado, sin hombres de guerra, ni tesoros, sin justicia, él no tiene ya la única esperanza que podía hacerle aspirar a la dominación: el motín. Pero artero y audaz puede todavía detener por algún tiempo el desarrollo de la Reforma, inficionar la educación y arrancar a la candidez de las masas los últimos óbolos, para enviarlos a aumentar el tesoro funesto del fraile coronado. . ." Proponía Altamirano una sola divisa a los liberales: trabajo. Sierra, no ocultando del todo su filiación porfirista, dejó caer una visión del país coincidente con los futuros sucesos: "En el mundo social —afirmó— México es de los pueblos que representan una gran idea, un principio de eterna trascendencia: la Revolución". Los conservadores se unían a Porfirio Díaz. Los sables empezaban a oírse en los campamentos de Oaxaca, de Nuevo León, de Zacatecas. En 3 de junio, aniversario del asesinato de Melchor Ocampo, la Sociedad de *Libres Pensadores* se dio cita en el panteón de San Fernando. Altamirano leyó un excepcional discurso en el que trazó, como con fuego, lo que fuera la colonia contra la cual habría luchado, sin doblarse, Ocampo. "En aquel tiempo —dijo— y antes de la revolución de Ayutla y de la guerra de Reforma, los liberales, podéis preguntarlo a los viejos y consultarlo en la historia, decretaban en la Constitución de 24 la religión de Estado, escribían con la mano del sacerdote católico la intolerancia de cultos y



encadenaban el poder civil al pie de los altares. El agua bautismal era la condición forzosa para obtener los goces del ciudadano; antes que ser hijo de la República se debía ser esclavo del Papa. La hoguera inquisitorial estaba apagada; pero la cárcel del clero estaba abierta aun para el protestante; para el filósofo y para el propagandista. Preguntádselo al *Pensador Mexicano* y al *Payo del Rosario*, a Quintana Roo y a Heredia. El arzobispo se hallaba a la misma altura del presidente y más alto que el Congreso. El clero y el ejército tenían fuero y no podían ser arrastrados por sus crímenes al tribunal en que se juzgaba a la vil multitud. . . Se había conquistado la independencia; pero aún se estaba lejos de conquistar la verdadera libertad. . . Y era que los legisladores de 24 y los liberales de aquel tiempo, con raras excepciones, eran hijos de los legisladores de Cádiz y no de los grandes republicanos franceses del 93 ni de los sabios legisladores de Estados Unidos. . . Todo se subordinaba aquí a la religión romana. El diputado rezaba devotamente el rosario antes de extender la pena de muerte; el presidente corría a celebrar sus victorias al santuario de Guadalupe o a Catedral, donde los acentos del *Tedeum* apagaban en sus oídos los ayes de los moribundos de la batalla y de los fusilamientos después de la victoria. De modo que el confesionario era la trípode del gabinete y la sibila católica decidía de los destinos de la nación. . . Y tal estado de cosas habría seguido si los



Ignacio
Ramírez

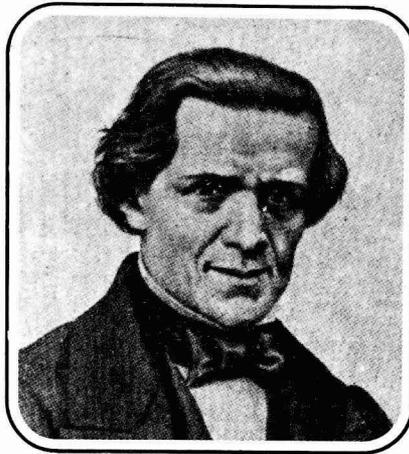
hombres de la Reforma no se hubieran levantado para decir *hasta aquí!* ”³

En el discurso de Altamirano era eco fiel del discurso de Ignacio Ramírez en la Alameda, una mañana de septiembre de 1862. Altamirano lo oyó apoyándose en uno de sus hombros Ponciano Arriaga. Fue, en cierta manera, una señal: Ramírez y Arriaga; Prieto y Zarco, habían abierto el camino que la generación de Altamirano se aprestaba a seguir. De allí sus empeños. En diciembre, Gustavo A. Baz, en la repartición de premios a los alumnos de las escuelas municipales, define ante Juárez lo que debía ser y empezaba a ser la educación popular: “La escuela primaria —manifiestó— en un país republicano es una institución indispensable. A ella asiste el hijo del mendigo en busca del pan de la inteligencia, en ella comienza a comprender el niño del pueblo sus deberes sagrados y sus derechos inviolables. . . En México, hasta muy tarde se han comprendido estas verdades. Después de consumada la independencia, la instrucción siguió en manos del clero; en las cátedras y en los púlpitos se seguía predicando la degradación moral como virtud y los partidarios del pasado que veían con horror el triunfo de las ideas democráticas, sólo se ocupaban en formar generaciones raquíticas de esclavos. . . Pero el torrente de las ideas modernas pudo más que ellos; los legisladores de 1857 decretaron la enseñanza libre, y apenas habían concluido la segunda guerra de independencia, cuando la capital de la República inició la regeneración intelectual de nuestra patria. La ciudad de México debe estar orgullosa de ello; pero no bastan estos esfuerzos, faltan aún para que llegue a conseguirse la ilustración de las masas, para poner en práctica dos principios que entre nosotros no pasan de ser utopías; la instrucción obligatoria y gratuita y la educación de la mujer, el primero ha dado brillantes resultados dondequiera que se ha establecido, el segundo que es la verdadera base de la democracia, ya ha sido iniciado, sólo falta persistir en llevarlo a cabo.

“La realización de estos principios y la multiplicidad de las escuelas serán para México, la tabla de salvación en las tormentas que pueden agitar de nuevo la existencia política. . . El día que se aumente —sentenció Baz, a la vista de la rebelión porfirista— el número de las escuelas y disminuya el de los batallones, el poder de México será mayor, su suerte no dependerá de la de un ejército inferior en organización a cualquier otro, ni tendrá por defensores a legionarios más adictos a la disciplina que a la Constitución sino a ciudada-



Benito Juárez



Melchor
Ocampo

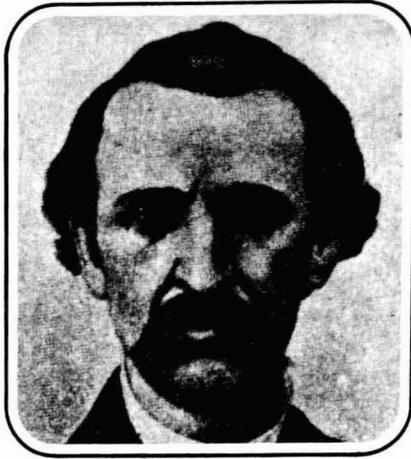
nos cuyo hogar, cuya familia en peligro, harán invencibles, y no habrá quien con la punta de las bayonetas haga giros en nuestras leyes". Terminando su discurso con estas palabras: "...el pueblo mexicano (una vez educado) opondrá: a las calumnias de sus detractores, su historia y sus virtudes; a los que conspiran contra su autonomía o sus instituciones, su valor y su patriotismo; y a las negociaciones impías de los ateos políticos, su profunda fe republicana".⁴ Era un programa de educación nacional, complemento directo del liberalismo. Al iniciarse 1871, moría Margarita Maza de Juárez. La disensión política parece hacer un alto. Miguel Negrete y Aureliano Rivera, que se acogieron a la amnistía de Juárez a los rebeldes, acuden a la pequeña casa de la Ribera de San Cosme. Los dos, entre diversos quehaceres familiares, sellan el ataúd de zinc. En la gacetilla del *Federalista* —orlado con líneas negras— no pasó inadvertido del rasgo de Negrete y Rivera. Entre las virtudes reconocidas a la señora Juárez —ninguna retórica que denotara afán de arrimarse al Presidente de la República en su pena— se subrayaba la de su republicanismo: "su vida —se dijo— fue enteramente doméstica, y la sociedad de México no ha tenido que criticar ni su lujo, ni su influencia, ni siquiera sus maneras. Tipo de la sencillez democrática, ha vivido en la capital sin ostentación ni pretensiones. . ."⁵

Altamirano dejaba la redacción del *Siglo XIX* y entraba

en la del *Federalista* a la sombra del incansable Payno. No volvería Altamirano a su tarea de cronista social. El tedio era visible en sus últimos comentarios. En *El Federalista* inaugura una tarea nueva: la de *Los bosquejos*; literarios unos; críticos otros; los más, para hacer proposiciones públicas. Acaso recogía en esta labor una de las empresas de Zarco. La presencia de Ramírez era inevitable: Altamirano recuerda lo que le debían los niños, indios como él, en el Instituto Literario de Toluca. Episodio que habrá de repetirse en nuestras tierras cada vez que una mano liberal las gobierna. Ya lo escribió Martí: "En las tierras de América no cuesta mucho trabajo la sazón. Aindiados, descalzos, huraños, hoscos, bruscos, llegan de las soledades interiores niños y gañanes, y de pronto, por íntima revelación y obra maravillosa, del contacto con la distinción y con el libro, el melenudo cabello se asienta, el pie encorvado se adelgaza, la mano dura se perfila, el aspecto mohíno se ennoblece, la doblada espalda se alza, la mirada esquiva se despierta: la miserable larva se ha hecho hombre". Los primeros *bosquejos* de Altamirano son un sumario del programa de los reformadores. Un programa para descolonizar el país por el único medio que ya Alfonso Reyes previó que sobreviviría a toda obra mexicana, la educación.⁶



Las *Páginas íntimas* de Altamirano son inéditas. Hacia los años veinte Francisco Monterde, en *El Universal*, las comentó señalando su innegable importancia; en 1951, en el número 1 de *Historia Mexicana*, Catalina Sierra publicó algunas de sus páginas, cuya selección, escribió, "ha sido hecha un poco al azar, utilizando, como único criterio, el de considerar su importancia en relación con los hechos invocados, o bien por exhibir auténticas e íntimas expresiones de su personalidad". Ciertamente, las páginas íntimas no son un diario sino relatos aislados, breves confesiones, desahogos necesarios, confidencias muy personales en las que es frecuente advertir el desaliento de Altamirano frente a un medio sordo y ciego ante los escritores. Zarco padeció también el desencanto de México. Pero deben entenderse ciertas diferencias: en Altamirano o Zarco, se expresa una efímera amargura porque el país no destruye los antiguos privilegios y no da los pasos seguros para su progreso. Desesperan. En Gutiérrez de Estrada o José Manuel Hidalgo, el desencanto se vuelve menosprecio por el surgimiento de la revolución de Independencia,



Francisco
Zarco

primero, y de Reforma en su tiempo. Ni Zarco ni Altamirano reniegan, sólo comunican desánimo. Era el precio de una lucha sostenida sin cuartel, de un fuego mantenido en toda la línea. Escribir la obra propia, ganarse la vida en empleos transitorios, combatir en la tribuna, fundar revistas, periódicos, círculos literarios, educar, ocupar cargos públicos y dejarlos a la menor disensión con el Presidente de la República y regresar, como si nada hubiera ocurrido, a la mesa propia de trabajo o cuando, como en el caso de Altamirano, el invasor llega al país, salir a combatirlo hasta vencerlo y ya en la paz procurar la concordia no en los principios sino en la obra de reconstrucción nacional, es una labor que exige una constante actitud crítica para espolear a las conciencias adormecidas y nunca, como en los casos de Estrada o Hidalgo, reniego ni olvido de lo que Ponciano Arriaga calificó de "dulce título de mexicanos". *El Renacimiento* fue un llamado a las filas liberales aceptando el auxilio de los adversarios. Sin rencores ni generosidad. Era la ocasión, afirmó Altamirano, de vindicar el país de la acusación de barbarie que reiteradamente le habían hecho los escritores franceses. Sobre el más limpio propósito político el más amplio de coincidir en una tarea propia. Después, en los días de las componendas vendría la política de conciliación. La de Altamirano fue la política de un hombre de letras y por ello de más vasto alcance. Pudo ser parte esencial —Justo Sierra procuraría hacerlo tiempo después— de la verdadera educación nacional.



Guillermo
Prieto



Las páginas íntimas de Altamirano se publican gracias a la gentileza del licenciado Horacio Casasús, descendiente de Altamirano. Se conservan dos libretas empastadas y manuscritas; la segunda, menos interesante que la primera, contiene breves traducciones y copias de frases o párrafos de lectura de Altamirano y las dos cartas que incluimos en esta revista. Hemos suprimido los recortes de periódicos y crónicas que comentaban, por ejemplo, la iniciación de las colaboraciones de Altamirano en *El Federalista*. En una deseable edición de las *Páginas íntimas* podrían agregarse para obtener una mayor información de la política literaria de aquella época. Nada agregan al conocimiento de Altamirano en cuanto él se descubre, levemente, en sus páginas.

Las notas a las *Páginas íntimas* se ha procurado que fueran breves y respecto de personajes casi desconocidos. El lector verá, en el cuadro de costumbres que recrea Altamirano, a no pocos de los hombres de su tiempo y una obvia relación con los juicios que aparecen en sus crónicas teatrales.

La publicación de estas páginas no habría sido posible sin la valiosa ayuda del licenciado Carlos Tello.

A Catalina Sierra debemos la iconografía, hasta ahora desconocida, de Altamirano así como sugerencias indispensables para esta edición.

Notas

1. Tomo I. México, 1869. págs. 17-19. Crónica de la semana.
2. *El Libre Pensador*. Periódico político, filosófico, literario. Órgano de la Sociedad de Libres Pensadores de México. Instalada el día 5 de mayo de 1870. México, 1870. 426. pp.
3. Ob. cit. p. 170.
4. Ob. cit. p. 377-9
5. *El Federalista*, No. 2. 3 de enero de 1871. Altamirano, en su *Bosquejo* de 9 de enero escribió un párrafo intitulado: "La muerte de la señora Juárez, se omitieron (para el sepelio) hasta las invitaciones. Jamás se había llevado la modestia y la delicadeza democrática hasta ese extremo."
6. En el periódico conservador *La Voz de México*, Tirso Rafael de

Córdoba pretendió refutar, con el seudónimo del "El cura de la Sierra", los artículos de Altamirano; éste, a uno que empleaba sin recato el argumento ad hominem, dirigió su *Carta a Tartufo* —*El Federalista*, t I, números 61 y 67 de 13 y 20 de marzo de 1871— a Ignacio Aguilar y Marocho, director de dicho periódico. Ignacio Ramírez, a invitación de Altamirano, le envió una carta —*El Federalista*, t I, número 64, marzo 20 de 1871— abundando en los ideales educativos de los liberales. Véase también, el tomo VII de las *Memorias de la Academia mexicana de la lengua*. . . pág. 75. Altamirano, volvería al tema educativo en *El Diario del Hogar* (tomo II, 1882, en los números: 26, 33, 36 y 38 y en el periódico de Justo Sierra, *La Libertad*, en 1883, año VI, en los números: 26, 28, 39, 43, 45, 47, 53, 55, 57, y 91 a 95

Páginas íntimas

Mayo 22, 1869 ☞

¡He vacilado tanto para comenzar a escribir estas páginas! ¿Es que tenía yo algún motivo para encerrar en el interior los secretos de mi pobre vida? No: es que la pereza me consume, es que hay algo pesado como el plomo que embarga mi cerebro. Decididamente, el tedio mina mi existencia, el desengaño ha segado en flor mis esperanzas, tengo hielo en el corazón.

Me parece que vería acercarse a mí la muerte y la miraría sonriendo.

Sólo sentiría hacer falta a los seres queridos que me rodean y de lo cuales soy el único apoyo.

El cielo está nublado. Mi alma eternamente triste. Paso la vida pensando en nada!

Ni un pensamiento fecundo brota de mi alma, ni un sentimiento grande y poderoso agita mi corazón.

Voy dejando de ser joven. Tengo treinta y cuatro años, seis meses y diez y nueve días.

Estoy gastado.

Desde que estuve enfermo en agosto de 1867¹ me acostumbé en mi convalecencia a tomar agua de Seltz en la comida y hoy no puedo hacer la digestión sin tomarme un frasco.

Cuando visité al pobre Maximiliano en su prisión de la Cruz en Querétaro el día 16 de mayo de ese mismo año —estaba él enfermo de disentería y yo también.

—Tome usted esa agua, me dijo, y nunca sufrirá del estómago.

Yo seguí el consejo, no conocía el uso del agua de Seltz, había estado en las montañas durante cuatro años y en ese tiempo, con la invasión se introdujo en México el uso de este líquido digestivo.

Desde entonces, hay un frasco en mi mesa a la hora de comer y me ha ido bien. A veces, no tomo en la noche más que un bizcocho mojado en agua de Seltz. Pero quizás eso me va produciendo gastralgia. Siento inflamadas las entrañas. Me falta el apetito. Tengo sueño constantemente y necesito una o dos tazas de café para excitarme. Ayer he tomado dos tazas de un rico café de Cocoyac y ya me moría a causa de la excitación.

No tomo vino, ni nada embriagante porque me hace mal. Me levanto muy tarde; pero también me acuesto a

la una o dos de la mañana. Esta vida me destruye. Nada leo, ni estudio.

He abandonado el alemán que iba aprendiendo rápidamente bajo la dirección del profesor Hassey. He abandonado el mexicano que tan útil me sería en mis estudios de Historia de México y que tenía empeño en enseñarme el profesor Galicia.²

Pero me propongo entretener mi hastío con el aprendizaje de estos dos idiomas y del griego. No voy a la Suprema Corte de Justicia³ de la que soy miembro y merced a esa pereza me he escapado de la acusación que se ha hecho en el congreso contra siete de sus miembros y mis mejores amigos.*

Mi repugnancia por el despacho de esos negocios, es tal que apenas veo aparecer a mi pobre ahijado y escribiente Gómez Eguiarte, cuando empiezo a bostezar. No quiero oír hablar de leyes y apenas soporto las de la economía animal.

He ahí cómo soy ahora. Llevo la vida de un haragán del Bajo-Imperio.

La política me tiene sin cuidado. La literatura me entretenía hace algunos meses. Ya me va fastidiando. Compró los libros nuevos que llegan de París o de Alemania y los coloco simétricamente en mis estantes, como una mujer coloca en sus aparadores una vajilla que nunca usa.

Y sin embargo he prometido escribir varias novelas. Algunas se han anunciado al público y ni aun he pensado en el plan de ellas.

Apenas me conmueven las actrices y las cantantes de la zarzuela; pero las oído pronto. La imagen de algunas me es querida y no se borra completamente, como la de Salvadora Cairón,⁴ pero la verdad es, que quise más a Valero.⁵ Hubo tiempo en que tenía yo un polvorín en el corazón: la mirada de unos ojos negros bastaba a producir el fuego. Hoy la pólvora parece mojada. Mil miradas no bastan a producirme más que un calor tibio y pasajero.

Tengo apuros pecuniarios, como siempre; y me propongo a cada instante hacer economías; pero gasto cuatro o cinco duros diarios, por andar corriendo en coche de alquiler. Es mi única voluptuosidad y la tal, no consiste sino en romperse los huesos, fastidiarse con las calles y

* Los magistrados eran: Vicente Riva Palacio, Pedro Ordaz, Joaquín Cardozo, Ignacio Ramírez, José Ma. del Castillo Velazco, Simón Guzmán y León Guzmán. La acusación contra ellos, sometida a Gran Jurado de la Cámara de Diputados, se originaba en la revocación de un fallo del Juez de Distrito de Sinaloa, que había rechazado en un negocio judicial el recurso de amparo, por estimarlo contrario a la ley de 20 de enero de ese mismo año, que otorgaba facilidades extraordinarias al Ejecutivo. (Nota de Catalina Sierra, en *Revista de Historia Mexicana*. Vol. 1. núm. 1. P. 103.

marearse con el perfume punzante que dejan allí de noche las *cocottes* que pasean.

La zarzuela tan de moda hoy en México me revienta y es que como trato a los cantantes entre bastidores no me causan ilusión. Uno que otro chiste de Poyo⁶ me saca de mi marasmo, una que otra pantorrilla me llama la atención, una que otra dentadura blanca me hace nacer un deseo; pero vuelvo a sumirme en mi luneta, como un perro viejo, hasta que es preciso marcharme a mi casa.

Llego a la una o dos de la mañana, mi portero desvelado me alumbra respetuosamente la escalera. Mi camarista que duerme atravesado en el quicio de la puerta de arriba se levanta a abrirme, y entro callado o bien diciendo ternezas a estos dos mártires del salario.

Tengo remordimientos de hacer padecer así a estos dos muchachos.

Entro en mi alcoba. Mi pobre mujer duerme tranquila en su cama blanca como la nieve. Una lámpara medio velada alumbra ese santuario de la paz y del amor santo.

Ahí entro yo con mi corazón impuro con mis disipaciones de afuera, con mi alma abrumada por el fastidio y el ocio. Otra mártir del salario, pobre recamarera taciturna y humilde me trae el chocolate que tomo con infinita displicencia. Después leo algo y generalmente algo frívolo y me arrojo desesperado sobre las almohadas.

Poco después tengo un sueño tranquilo, el sueño dulcísimo del ocio y de la estupidez. Ni cuidados, ni zozobras, ni alegrías, ni esperanzas. No tengo el pecho henchido de suspiros. En cambio no tengo remordimientos. Yo no he tenido el antojo de hacer mal y si lo he hecho a alguno ha sido a mí mismo.

Estoy pobre porque no he querido robar. Otros me ven desde lo alto de sus carruajes tirados por frisonas, pero me ven con vergüenza. Yo los veo desde lo alto de mi honradez y de mi legítimo orgullo.

Siempre va más alto el que camina sin remordimientos y sin manchas. Esta consideración es la única que puede endulzar el cáliz porque es muy amargo.

Hoy redacto en jefe *El Renacimiento* periódico de literatura que fundamos Gonzalo Esteva y yo como editores y que está redactado por los primeros literatos de México. Ayer lo vendimos a los impresores Díaz León White y Cia.— y clavamos una pica en Flandes.

Después de hablar de mi vida actual no me queda otra

Mayo 22 — 1869.

¡He vacilado tanto para comenzar a escribir estas páginas!
¿Es que tenía yo algún motivo para envenenar en el mundo los secretos de mi pobre vida?... No: Es que la pereza me consume, es que hay algo pesado como el plomo que embarga mi cerebro. Decididamente, el sédio nima mi existencia, el desengaño ha sido cogido en flor mis esperanzas, tengo hielo en el corazón.

Me parece que vería acercarse a mí la muerte y la miraría sonriendo.

Solo sentiría temor falta a los seres queridos que me rodean y de los cuales soy el único apoyo.





Maximiliano
y Carlota

cosa que dormir o marcharme a la calle a charlar. Voy a ver a H. . . Hace tiempo que no la veo. ¡Tan enferma! ¡Tan triste!

Est-ce qu'on aime des actrices? . . .

Mémoires de Rigolboche
cap. XI.

Poule mouillé —
¡Dieu! — que c'est ennuyeux d'avoir des actrices pour maitresses!

id — id.
La rousse et adorable quand elle n'est pas affreuse.

id — XII
Sus dientes caen, sus cejas desaparecen, sus cabellos se desmontan —es una verdadera demolición la que sufre esa cara.

Ma montre est mise au clou! como se dice en el barrio latino

Julio 12 ☞

Amanecí con una tristeza profunda y no conozco el motivo.

Pienso mucho en mi enfermedad, porque aunque no quisiera, el sufrimiento y tedio que me causa, me la traen a la memoria a cada instante.

¿Moriré de ella?

Ayer comimos en casa de Agustín con Refugio y estuvimos alegres, es decir, yo fingí estarlo, yo no estoy alegre nunca.

En la tarde me fui al circo *Chiarini*, vi a Bristary (Adolfo) hacer el paso Léotard. Es asombroso. Allí estuve con Movellán.⁷ Después me fui con Manuel Estrada al pasadero de Buenavista a esperar a la Soledad Aguilar,⁸ actriz de la compañía de la Civili —que me decían bonita y guapa. Estoy desencantado. Es sólo amable. No la encontramos en la estación y fuimos a buscarla en el Hotel *Iturbide* donde no estaba sino en el hotel del *Teatro Nacional*. La vimos.

Tan atolondrado estaba yo que creí cuando estábamos en su cuarto que era la Raimunda Miguel y al salir dije a Manuelito que fuésemos a ver a la Aguilar.

—Pues si ésta es, me respondió azorado.

¡Qué atrocidad!

Después al teatro Nacional —estaba lleno— era la función de despedida — aplaudieron esos animales La Galatea con que la Zamacois⁹ luce, la belleza de sus formas. Esa Zamacois debe ser una mujer muy ardiente.

Después pasé a *Iturbide*. Presentaban una pieza de Hartzzenbush religiosa. El público estaba fastidiado. Yo me vine bostezando a casa, tenía yo hambre, tomé chocolate, una costilla, papas, asado y té y amanecí enfermo del estómago.

Di mi lección de *náhuatl* medio dormido.

Y tengo un humor! . . .

Es el vacío.

He sido nombrado por el Presidente de la República, orador para cuando vengan los restos de Arteaga y Salazar.¹⁰ Tengo gusto de decir un discurso semejante.

Agosto 18 (jueves) ☞

Fui a la Alameda en la tarde y después de recorrer varias callecitas, me dirigí a la glorieta que está a la entrada de la Mariscalá. Allí encontré sentadas a las dos muchachas Sarabias —Lucrecia y Lupe—, dos tontuelas muy parlanchinas y cuya reputación equívoca las hace más maldicientes de lo que son ya de suyo.

Estuve hablando con ellas largo rato y al comenzar a oscurecer, vimos entrar y atravesar frente a nosotros a Maura Ogasón seguida de una nodriza con su chiquita Judith.

Me separé de las muchachas y me dirigí a la glorieta principal decidido a abordar a Maura. Estaba sola y sentada en una banqueta mirando jugar a su niña con otros chicos. Estuve yo parado delante de la entrada de la glorieta pensativo y vacilante.

Era ya de noche, iban a cerrar y los guardas con su farol advertían a la gente que era hora de retirarse. Entonces Maura fue a advertir a su criada que era preciso irse y luego se detuvo. Había un hombre con traje de rancharo que parecía observarla y observarme. Creí que era una persona interesada y esperé que se alejara, como en efecto se alejó.

Entonces saludé y me contestó amablemente.



—Señora, le dije, bajo los auspicios de la bondad de V. vengo a darle explicaciones de mi conducta, pues sé que tiene V. resentimientos conmigo e ignoro si se habrá interpretado mal algún hecho mío o se me habrá calumniado.

—No tal, me contestó sonriendo, no tengo resentimiento ninguno. Se me dijo que V. refería que yo hago mal de ojo y me propuse por broma perseguirlo. Por eso debe V. haber recibido un recado con Torroella.

—En efecto me lo dio y me añadió que estaba V. colérica.

—¿Colérica? no es cierto ¿Y por qué había yo de estar colérica?

—Luego envié a V. otro recado con Ortigosa, porque deseaba yo sondear el ánimo de V. antes de hablarle. Tenía yo miedo.

—¿Qué tímido es V.! Y contesté a Ortigosa. . .

—Que ni me quería V. ni me aborrecía, sino que le era indiferente.

No: que ni me hacía V. mal, ni bien, porque el mismo Ortigosa me acababa de decir que V. era el que me hacía a mí mal de ojo y era causa de mis desgracias.

—Bueno: ¿seremos buenos amigos otra vez?

—Sin duda.

Después hablamos de versos, de novelas, de mi *Clemencia*¹¹, de Guadalajara, de nuestro viaje, de nuestra antigua intimidad, de su belleza, de mi carácter versátil, etc., etc.

Es una muchacha buena e inteligente.

Le di el brazo y la conduje a su casa. Ya era de noche. Invitéme a entrar en su casa, rehusé naturalmente, pero la protesté una amistad leal.

¿Qué irá a sucederme?

Yo no tengo ya preocupaciones, ni la he tenido nunca, pero me pregunto por qué con mujeres como ella, todo puede ser.

Agosto 19 ☞

No la vi — Visité a Leonarda, salí de su casa con mi familia a las 12 de la noche y charlé hasta fastidiarme a mí mismo.

Agosto 20 (sábado) ☞

Escribí hasta las 4 de la mañana ni revista mordaz. ¡Qué horror! ¡cuanta desvelada!

Agosto 21 ☞

Enfermizo, con dolor de cabeza; pero de buen humor. Comí en casa de Cumplido,¹² volví a mi casa, fui al teatro, me cansé y volví a acostarme

Agosto 22 (lunes) ☞

Traduje con Hahn un capítulo de la: *Vida de Jesús* de Baltzer.¹³ Y ahora tengo una dulce pereza.

Jueves 25

Dans "Luna" is the ungenannt of the conaisch. Sür Lachen.
Pot-pourri.

Agosto 29 ☞

Enfermo de la cabeza quizá por haberme desvelado la noche del sábado y la del domingo, la primera escribiendo la revista maldita hasta las dos de la mañana y la segunda en el teatro en el beneficio de la pobre Muñoz.¹⁴

¡Qué humor tuve! . . . Pocas veces he reído tanto.

En el teatro, en el patio estaba Sara con sus dos hermanos —tan linda y amable como siempre. Más atrás Concha con su madre y hermana y alguien que las acompañaba y a quien no conocí.

Arriba Leonarda con su familia. Yo hablé un momento con Sara y pasé los entreactos con Lucianita en su platea. ¡Cómo reímos! ¡Cuántas historias sabe! La de una gran señora que se hallaba en la platea vecina puede arder en un candil.

Tengo tres anabaptistas.

D. Emilio Schoesing, Hahn y Pool.

Los dos primeros de origen alemán, aunque D. Emilio es francés por ser de Alsacia. El tercero es americano.

El primero es un viejo largo, de fisonomía dulce, pero



de carácter irritable cuando se le contraría — tiene mucho talento y es luterano hasta los huesos, cree en el misterio de la Trinidad y en otras zarandajas.

... *et est nonnullus odor dictaturae*. (y hay cierto olor de dictadura) —Cicerón — a Atico — epístola 16 a — IV.

Septiembre 28 🌹

Tristeza, fastidio, malestar. Anoche el aguacero nos sorprendió en la Alameda a Maura Ogazón y a mí —Corrimos, pero fue inútil. Nos mojamos hasta los huesos. Le fui a traer un carruaje en el que la conduje a su casa y vine a la mía a cambiarme ropa y volví a salir. Estuve en casa de Leonarda hasta las diez y me acosté con un cansancio y un tedio de primera calidad.

Hoy pienso comprar una casita en las colonias. ¿Me voy a morir?

La persecución irrita, ella hace atrevido a cualquiera que se siente con genio y hace irreconciliable a aquel a quien la indulgencia habría retenido.

Voltaire. Carta sobre Spinoza al príncipe de Brunswick.

Contra el turno en la Academia:

Con el turno sucedería que siendo dos las sesiones únicas de la Academia al mes, y debiendo presentarse en ellas un trabajo, llegaría su turno a cada miembro lo menos cada año. Ahora bien: tal vez alguno por ejemplo un médico tendría un trabajo urgentísimo que presentar y se vería obligado a aguardarse hasta que le llegara su vez. El autor de un libro de texto interesante que pudiera utilizarse prontamente también tendría que ayudarse y se perjudicaría la juventud. Habría un académico bastante fecundo que pudiera presentar tres o cuatro trabajos anuales y no podría hacerlo, por el turno respectivo, de modo que es mejor dejar en libertad a los académicos para que presenten lo que les parezca conveniente, excitándolos solamente a trabajar.

Noviembre 3 (jueves) 🌹

Fui en la tarde al Ministerio de Justicia a la sesión de la Academia. No hubo.

Al volver y con la intención de ir a la Alameda,

encontré en las cadenas del lado del Empedradillo¹⁵ a Alberto Martínez. Supuse que Maura no debía estar lejos y, en efecto, iba con Mercedes en la Acera del Empedradillo con dirección a Plateros.

—Va a la Alameda me dijo Alberto, quien además me refirió que ella le había hecho un terrible desaire una de las noches pasadas, por lo cual había creído conveniente alejarse de ella.

Yo respondí a Alberto que no era su costumbre ir por ahí a su paseo, sino por Sta. María y S. Andrés.

Así fue, en efecto, a poco volvió con su hermana y tomaron por Tacuba.

Despideme de Alberto y las seguí.

Entraron en la Alameda y aunque las seguí de cerca, quise mejor encontrarlas que alcanzarlas y las perdí; pero calculando que a pesar de que era ya noche, no habrían salido, vine a esperar a la glorieta que está junto a la puerta de la Mariscalá.

En efecto, a poco las vi venir después que a todas las gentes. Maura hablaba alegremente.

La saludé: se detuvo y me alargó una mano cariñosa. Me presentó a Mercedes y me preguntó por qué no había venido a la Alameda, hacía tiempo.

Después les ofrecí mi brazo y fui a dejarlas a su casa. Me habló de su hermano Antonio. Ofrecí colocarlo mañana conmigo. Pero sobre todo, lo que me hizo estremecer, fue que me dijo que había leído mi *Clemencia* dos veces y la noche en que se la regalé, se había desvelado leyéndola y con una emoción que no había experimentado antes. Añadió que Mercedes había llorado a la conclusión.

—Y ¡tú también le dijo Mercedes!

Ya podrá figurarse lo que pasó por mí. Era la primera vez que una mujer hermosa me confesaba que había llorado con una cosa mía. Oh Maura es siempre la mujer de corazón, la mujer tanto tiempo soñada.*

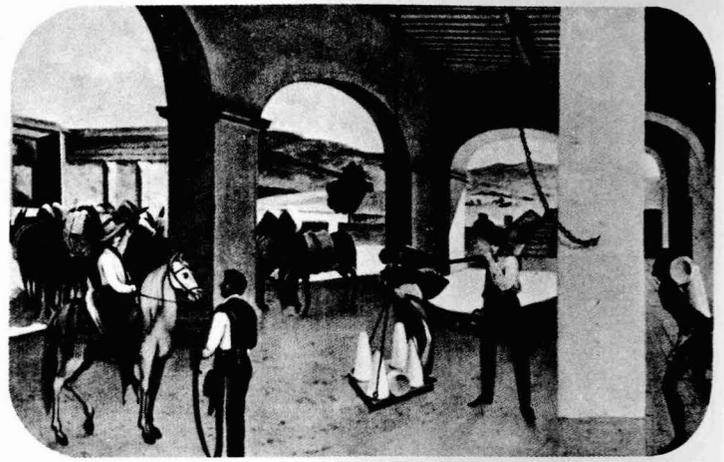
Le prometí dedicarle a *María*¹⁶ y se la dedicaré. Perfumaré mi pobre novelita con el aroma de ese nombre acariciado tanto tiempo en mis sueños de poeta.

¡Cómo vuelven mis días de 1867!

Noviembre 13 🌹

Hoy cumpla treinta y seis años. ¡Horror! — Sí, hoy a

* Tengo momentos de estupidez en que suelo tomar como Yxion a una nube por la diosa Juno. Hoy me dan vergüenza estos renglones. Nov. 16, 1871.



las 11 de la mañana si no me equivoco, cumplí esa bonita edad, a la que es agradable haber llegado sin tener tras que caerse.

¡Tengo un sueño brutal! He aquí todo el honor que hago a mi verdadero cumpleaños.

Psss!

Noviembre 16 (miércoles) 🐾

¡Bonheur! ¡bonheur! J'ai vu et mon a... a eté compris déja ¡oh qu'elecruit bien!

Diciembre 21 🐾

Hace días que se celebraron las elecciones para Ayuntamiento que debe regir en 1871. La junta electoral en la que figuraban los dos círculos que proclaman las candidaturas de Juárez y de Lerdo no se puso de acuerdo, sino que haciéndose mutuas recriminaciones se dividió en dos bandos. El uno permaneció en S. Ildefonso y nombró un Ayuntamiento que llaman Lerdista. El otro se fue al Beaterio y en el Circo Chiarini nombró otro que llaman Juarista. A éste me hicieron pertenecer sin mi voluntad, porque yo soy ajeno a estos trabajos que ni me gustan, ni están con los antecedentes de mi vida pública. Yo sigo una bandera, un credo; no a una persona. Por consiguiente no he tenido gusto. He aquí la lista en que figuro. Me cuentan que Juárez mismo me hizo inscribir.

Ayuntamiento de la capital

Los electores se dividieron en dos bandos. Los que se reunieron el domingo en el Colegio de San Ildefonso, nombraron a las personas siguientes para formar el Ayuntamiento de 1871.

Presidente y regidor 1o, C. Miguel Auza; regidores, CC. José María Lozano, Francisco Menocal, Vidal Castañeda y Nájera, Agustín del Río, José J. Gutiérrez, Vicente Villada, Albino Magaña, Higinio Núñez, Luis Malanco, Francisco Erdozain, Antonio Robert, Demetrio Montes de Oca, Hilarión Frías y Soto, Luis F. Gallardo, Francisco Morales Medina, Luis Portu, Teodosio Villagra, Andrés Quijano, Hipólito Aburto; síndico 1o, Manuel Mercado; síndico 2o, José M. Aguirre de la Barrera.

Los que se reunieron en el *Circo de Chiarini* nombraron a las personas siguientes:

1o. Antonio Martínez de Castro. 2o. Ignacio Altamirano. 3o. Gabriel Mancera. 4o. Cayetano Gómez Pérez. 5o. Rafael Montaña Ramiro. 6o. general Manuel González. 7o. Ramón Fernández. 8o. Felipe Buenrostro. 9o. Gabino Bustamante. 10o. José M. del Río (propietario). 11o. Francisco García López. 12o. Ignacio Cejudo. 13o. general [Gaspar] Sánchez Ochoa. 14o. Crisóforo Tamayo. 15o. José M. Baranda. 16o. Manuel G. Prieto. 17o. Jesús Plata. 18o. Valentín Vhink. 19o. Vicente Pagaza. 20o. Abraham Olvera.

Síndicos: 1o. Lucio Padilla. 2o. Alfredo Chavero.



Diarios de viaje (Fragmentos) 🐾

Mi apatía característica me ha impedido llevar con exactitud y constancia, notas minuciosas de mis viajes por la República en el tiempo de la guerra contra la intervención y el imperio. Así es: que no conservo sino diarios mutilados y muy lacónicos. Algunos se me han perdido, como el que llevé en 1863 desde México hasta Acapulco y de allí a S. Luis Potosí y Durango y Mazatlán.

Desde este puerto, mi viaje puede completarse con la narración contenida en una carta dirigida al Nigromante, mi maestro y que publicó el *Semanario Ilustrado*, periódico de literatura cuyo editor era el Sr. Fuentes Muñiz. Esta carta está en mi poder, pues tengo el tomo impreso del *Semanario*.

Pensaba escribir en cartas mis demás viajes; pero mi pereza me lo ha impedido.

Aquí copiaré los fragmentos que contienen varios *car-*
nets en que llevaba con lápiz mis apuntes, los cuales de-
jo por su recuerdo local y porque tienen también otra clase
de apuntes, así como versos, discursos, pensamientos.

El primer *carnet* comienza en Colima.

Marzo 12

Salimos de Colima a las seis de la mañana. Al Naranjo.

Marzo 13

Del Naranjo a la hacienda de las Trojes, sesteando en
Barreras.

Las Trojes es una hacienda de caña pequeña; pero muy
bonita y de porvenir cuando haya trabajadores bastantes
que hoy faltan. Su dueño el señor Castellanos nos recibió
perfectamente y nos obsequió con un baile en la noche
y con una generosa hospitalidad. El día 14 permanecemos
allí.

Marzo 15

De las Trojes a Coalcomán, pasando por pequeños villo-
rios llamados El ojo de agua y el Cobre. El camino es
montañoso, escabrosísimo, pero muy bello.

La temperatura es fría por la elevación de la montaña
que es tal que se divisa desde la cumbre el mar, colina,
la costa toda. Coalcomán es un pueblo pequeño y triste.

Marzo 16

En Coalcomán.

Marzo 17

Salimos de Coalcomán y pernoctamos en las *Puentes*
en medio de la montaña y habiendo sesteado en un
paraje que se llama *Las Torrecillas*.

Marzo 18

Hemos atravesado la altísima sierra de Aguililla y llega-
mos a este feo pueblo al mediodía y aquí pernoctamos.
Este pueblo es notable por haber sido la residencia del
valiente y desgraciado general D. Gordiano Guzmán¹⁷
fusilado por Bahamonde al principiar la revolución de
Ayutla. Ese caudillo desde el tiempo de la independencia
y después en las guerras de libertad que tuvo que hacer,
se sostuvo en esta sierra y recorría hasta *Las Trojes* por

El cielo está nublado. Mi al-
ma eternamente triste. Paso la vida
pernando en nada!

Ni un pensamiento feo brota
de mi alma, ni un sentimiento
grande y poderoso agita mi cora-
zon.

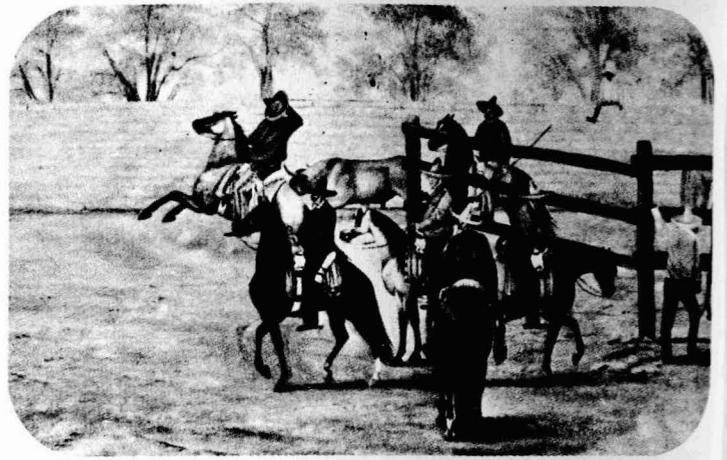
Voy dejando de ser joven. Ten-
go treinta y cuatro años, seis me-
ses y diez y nueve días.

¡ Estoy gastado.

Desde que estuve enfermo en A-
gosto de 1867 me acostumbé en mi
convalecencia a tomar agua de
Sette en la comida y hoy no pue-
do hacer la digestión sin tomar-
me un frasco.

Cuando visité al pobre Mascimbiá
en su prisión de la Cruz en
Querétaro el día 16 de Mayo del
mismo año — estaba él enfermo
de disenteria y yo también.
— Tome U. esa agua, me dijo,





el rumbo de Colima y toda la sierra caliente, manteniéndose inexpugnable.

Marzo 19

De la Aguililla al Coacoyul. Montañas elevadísimas, pues de la cumbre de una de ellas se divisan perfectamente los volcanes de Colima entre un océano de sierras y enmedio de un cielo azul y limpio.

La puerta de nieve del uno cubre en parte la cumbre del volcán de fuego.

Cuestas y caminos escabrosísimos, bosques de pinos y otros árboles de tierra-fría. El Coacoyul es un miserable rancho con tres casas pobrísimas, verdaderas barracas donde mora una infeliz familia de pintos. Ahí dormimos.

Marzo 20

Almorzamos en el *Ortigel*, ranchito menos malo, donde hay un trapiche —después de haber cruzado montañas y más montañas. Dormimos en el *Gancho* donde hay una sola casa con sólo techo, enmedio de los cerros.

Marzo 21

Salimos del *Gancho* pasando por *Tumbiscatio* muy temprano. Después el *Sauz*, después el *Estafiate* en que almorzamos. Dormimos en *La Margarita*. Dos casitas aisladas.

Marzo 22

Llegamos temprano al *Carrisal*. Allí almorzamos y continuamos hasta *Las Patacuas*, Estado de Guerrero. ¡Por fin nuestra tierra, objeto de tanto afán!

El Carrisal es una pobre ranchería más grande que cuantas se pasan de *Aguililla* a *La Orilla*. Pertenece todavía a Michoacán. *Las Patacuas* son cuatro casas acá y acullá en medio de las montañas. Antes de llegar, se divisa ya el mar.

Marzo 23.

Salimos de *Las Patacuas* y pasando por *Buenavista los Armadillos*, el *Cuaulote* y el *Terrero* llegamos a *La Orilla*, donde nos esperaba la más cordial acogida.

24

En *La Orilla*.

25

Salimos de *La Orilla* y pasando por los dos brazos del río Zacatula o el Balsas, que es majestuoso en su desembocadura en el mar y por los pueblecitos o ranchos de la *Carrerita*, la *Zanja*, *Coyuquilla*, *La Salada*, *Feliciano*, *El Uje*, *el Tamarindo*, *El Coco*, llegamos a *Los Nuevos* a la diez de la noche. Camino plano, vegetación hermosísima, atravesamos por un trozo de playa a orillas del mar.

26

En los *Nuevos* en la casa de Yaques, juez de ahí. Este Yaques es un hombre original, llegó al Sur como vagabundo y se mantuvo en las temporadas contando cuentos. Después, en virtud de algunas diabluras allegó un pequeño capital con el cual y el juzgado de 1a. instancia se la va pasando. Está casado con una mulata muy guapa y muy liviana, según el decir.

27

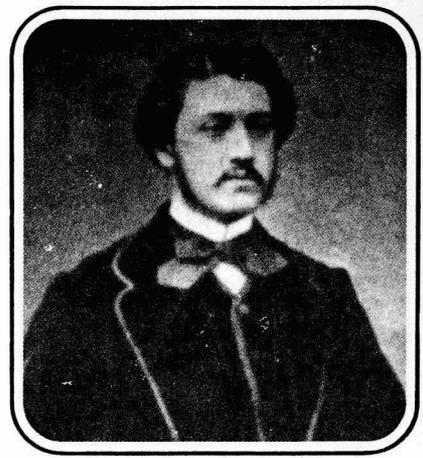
Salimos de *Lagunilla* y pasando por *Pontla Ixtapa*, la Puesta de Ixtapa, Agua de Correa, llegamos al Coacoyul, hacienda de D. Vicente Amaro en cuya casa fuimos cordialmente hospedados. Amaro es un viejo rico y vive debajo de las palmas como un patriarca bíblico. El buceo de perlas le ha dado mucho dinero. Tiene una hija ya de veinte años y bella, mucho más bella por su cuantiosa dote. Las sirvientas me recordaron a las criadas de los patriarcas de la Escritura. Una de ellas era una negra lindísima que llevaba en el cuello una soga de perlas y en las orejas grandes pendientes de oro.

Cerca de *Agua de Correa* se aparta el camino para el puerto de Zihuatanejo, que está a tres cuartos de legua del camino. Los demás son tristes villorios de pocas casas y pocos recursos.

(Continuará en otro tomo.)*



* En el segundo cuaderno de Altamirano, no aparecen otros apuntes de sus viajes.



Vicente
García Torres

Miércoles 23 🐉

Me he separado de la redacción del *Siglo XIX* y escribí mi última revista el domingo pasado.

Hacía tiempo que las *Revistas de la semana* me habían causado un hastío profundo y la costumbre de escribirlas de noche había perjudicado mi salud terriblemente, mi enfermedad se aumentaba y una última fluxión que tuve me desesperó.

Por otra parte, la vida actual, esta vida sin acontecimientos, sin emociones, sin novedades no era suficiente para una cronista.

Estoy desengañado: se puede escribir revistas en París, en Berlín, en Londres; pero en México es mucho cuento. ¡Vida de aldea más fastidiosa la que se lleva aquí!

Los periódicos han dado cuenta de mi separación en los términos siguientes. . .¹⁸

A pesar de que he contado a todo el mundo el verdadero motivo de mi separación, éste ha sido comentado y los enemigos del gobierno y del *Siglo* han querido encontrar el origen en desavenencias con mis compañeros por que han adoptado la candidatura de Lerdo.

Esto no es exacto. Realmente me fastidiaba yo escribiendo revistas y cada sábado era un día de tortura para mí.

Pero conozco la intención de los que han hecho escribir al joven escritor Alegría (que se ha hecho célebre por su cuestión con Agustín del Río) el párrafo siguiente en un artículo con el título de "Brochazos" publicado también el domingo 27.

Yo me vi obligado a contestar en el *Siglo* del mismo domingo 27 y que pongo a continuación:

Es posible que los periódicos sigan hablando del asunto y me causará pena que por la imprudencia de un muchacho atolondrado se haga mérito de un asunto en sí tan insignificante.

Enero 25, 1870 🐉

Yo no sé para qué diablos mandé hacer estos librillos, pues por lo visto jamás los ocuparé, ni escribiré mis sentimientos íntimos en ellos. La pereza me mata, la enfermedad me mina y el marasmo es mi estado habitual.

Debía haber llenado ya estas páginas con los sucesos que me han pasado, bastante notables.

El 15 de Agosto fui herido de un balazo en el estómago en la puerta del *Teatro Nacional*, al querer evitar una terrible desgracia que por fin sucedió. José Riva-Palacio, mi pariente esperaba en el vestíbulo a Vicente García Torres,¹⁹ hijo para matarlo. El me lo dijo y ya conseguía yo que desistiera de su intento, cuando llegó Vicente y todo se lo llevó el diablo.

José sacaba del teatro a su rival, yo me interpuse, comenzaron a dispararse tiros, siendo Vicente el primero que disparó sobre su adversario un tiro que le cegó. Riva Palacio sacó su pistola y disparó también, pero ya nada pudo hacer porque estaba ciego. Vicente disparó el segundo que fue el que me hirió, el tercero o el cuarto mató a José que fue a caer entre la columnata, sin hacer otra cosa que exhalar un grito. Todo el mundo conoce en México la historia, pues los periódicos todos hablaron de ella.

Durante quince días estuve visitado por todo el mundo y recibí pruebas de estimación y de cariño.

Yo creo que Vicente García Torres se apresuró a disparar de miedo, y que merecía una pena aunque no fuese sino porque no tuvo bastante presencia de ánimo para impedir la agresión de su enemigo y evitar una desgracia tan atroz.

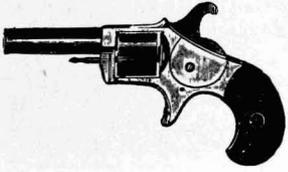
El Sr. Movellán, Conde de Casa-Fiel estaba conmigo; pero corrió a los primeros balazos y se ocultó por no sé dónde. Mi herida fue leve y me dejó una cicatriz ligera.

El Jurado que conoció de esta causa absolvió a García Torres, lo cual ha escandalizado a la Sociedad y ha traído sobre jueces y sobre todo el promotor fiscal —Covarrubias— una reprobación ignominiosa.

El 15 de diciembre me batí en duelo con un joven muy valiente y caballero, Pedro Peón y Regil —había sido testigo del joven D. Roberto Esteva²⁰ en el desafío a que lo había retado el barón de Gostkowski.²¹ Eramos testigos de éste, el coronel José Rivera Gallardo y yo.

A consecuencia de la publicación de unas actas, los padrinos de Esteva creyeron que habíamos agregado una raya a una frase, en la que hacía aparecer *cobarde* a Esteva y a consecuencia de eso, Peón nos envió una carta a Rincón y a mí.

Le respondimos luego con nuestros testigos, que fue-



ron el general Alejandro García, comandante militar de México y el coronel Manuel Balboltín. Peón aceptó el desafío y nombró testigos al coronel Benito Zenea y a D. Eduardo González Gutiérrez.

Como los retantes éramos dos, tuvimos que rifarnos.

A las diez me dirigí a la casa de Pepe Rincón en Buenavista, donde almorcé en unión de varios amigos. A las dos llegaron Peón, sus testigos y el Dr. Galán como médico.

Nos rifamos y me tocó a mí. Esto lo había yo presentado.

Yo, que no había recibido entonces más que doce lecciones de espada, propuse amistosamente la pistola, pero no se aceptó y entonces me conformé con la espada, pues para el cambio no hacía yo más que una indicación muy particular y amistosa.

Nos subimos a un salón de arriba y nos batimos en cuatro asaltos, en los que Peón me dirigió cosa de sesenta estocadas. Yo me limité a defenderme.

Los testigos armados eran Rafael David y Joaquín Larralde por convenio de los otros y ellos mandaron el duelo.

No hubo resultado, y de parecer de los testigos se dio por terminado el lance satisfactoriamente. Peón se conformó y yo con tanto más gusto cuanto que no tenía rencor contra un muchacho tan bueno y tan digno.

Nos abrazamos los tres, Peón, Rincón y yo.

Si se hubiese propuesto la pistola, había yo resuelto no disparar, pues en duelo mis ideas son no rehusar nunca uno, ni dejar de provocarlo cuando sea preciso; pero jamás exponerme al remordimiento de haber matado a un hombre, de modo que nunca esquivaré la muerte, pero no la daré jamás.

Estas son mis ideas, quizá de manías raras; pero que son mi dogma.

Fueron además testigos en este duelo, extraoficialmente, Chucho Cervantes, Pancho Lizardi, Pepe Miguel Echeverría, Esteban Velázquez de León, Felipe Huijosa, Francisco Bulnes, el barón de Gostkowski, Justo Sierra, Alejandro Casarín, D. Juan Muñoz, D. Miguel Mosso y María... la *petitte cocotte* que estaba pálida como la cera, cuando pasó el lance.

Volví a casa y mi mujer me recibió llorando —ya sabía el negocio pero no había querido desmoralizarme con la

The Emperor needed all his strength to keep the mastery over his agitated nerves. Upon the Empress, it had an appearing and joyous effect; her glance into the future was one of confidence, and every proof of attachment which was manifested to her inspired her with great content

Condesa Paula Kolloritz —

The Court of México — Chapter I

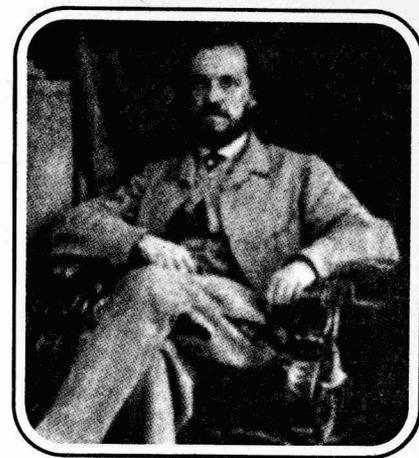
Maximiliano salió de Miramar el 14 de Abril de 1864. — en la Novara y escoltado por la *Themis* — comandante Morier.

Es raro, mi buen señor, que un hombre tenga que hacer una proposición a una mujer sin que ella tenga el presentimiento —
Sterne — *Viage Sentimental*

Si, sin duda, el mundo estivo es céntrico para aquellos que no quisieren cultivar los frutos que presenta — id — id.

Aunque Smelfungus y Mundungus fueren colocados en la misma mar del Norte, del lado de las almas de Smelfungus y de Mundungus se





Manuel
Payno

aflicción. No había dormido y yo sí dormí tranquilamente.

Mi periódico el *Renacimiento* dejó de existir.

He entrado a la redacción del *Siglo XIX* en unión de Payno y me han encargado la parte literaria.

Se ha publicado mi novelita *Clemencia* con mucho lujo.^{2 2}

Se prepara la edición de *La Dama de Honor*.^{2 3} Miranda dibujará las estampas* y en París se harán los grabados en madera. Chávez es el editor.

Dios me dé salud para escribir, pues estoy muy enfermo y temo morir en este año.

Estoy pobre como nunca. El gobierno no paga, mis acreedores me asedian y yo me desespero. He ahí mis confidencias de ahora.

Marzo 8, 1870. ☞

Agobiado por la pobreza, como había de pensar en otra cosa, pienso en la literatura.

Ciertamente, si por algo me parece amarga esta escasez obstinada de elementos, es porque no puedo comprar libros, ni preparar la edición de mis pocas cosas.

He hecho un pequeño cálculo y de él resulta que podría yo imprimir diez volúmenes del tamaño de mi novelita *Clemencia*.

Veamos:

Mis discursos, comprendiendo lo que he pronunciado en la Cámara de Diputados y que me hicieron conocer, los pronunciados en la Tribuna Cívica en México el 15 de Septiembre de 1861 —impreso en todos los periódicos de la época, el 16 de Septiembre de 1862— también impreso y de que tengo ejemplares en el *Monitor*, el 17 de Septiembre de 1867. id. id —el 16 de Septiembre de 1855, en Cuautla de Morelos, del que se hicieron las ediciones en casa de Cumplido y de Munguía— el del 16 de Septiembre de 1862, en la Providencia (inédito), de 5 de Mayo en Acapulco, impreso en los periódicos de California y en cuaderno aparte, el del 16 de Septiembre de 1865 en el campamento de la Sabana, cerca de Acapulco y frente al enemigo, impreso en el *Nuevo Mundo* de S. Francisco California y *El Eco de la Reforma* de Tuxtla —del 16 de Septiembre de 1867, impreso en

cuaderno (éste ocasionó la revolución contra Alvares)* forman un volumen muy grueso.

Yo los colocaría así:

Discurso del 16 de Septiembre de 1855, en Cuautla.

Del 16 de Septiembre de 1859 (que se me olvidaba y que está inédito), en Tixtla capital del Estado de Guerrero.

Del 15 de Septiembre de 1861, en México

Del 16 de Septiembre de 1862, en México.

Del 5 de Mayo de 1865, en Acapulco.

Del 17 de Septiembre de 1867, en México.

Los demás serían clasificados así:

Sobre Amistía, 1861, en la Cámara de Diputados.

Contra Payno, id., id.

Contra los empleados de la Reacción, id., id.

En el jurado de Degollado, id., id.

Los poemas que pronuncié fueron improvisaciones que no valen la pena —los anteriores, debo confesar que fueron bastante pensados, aunque no aprendidos de memoria, como dijeron por aquellos días los emisarios que no pueden ver ojos en otra cara.

En la muerte de Dorik, en San Fernando

En la muerte de Zarco, id.

En la muerte de Morales el actor, id.

Sobre los tres Derechos, en San Juan de Letrán.

Sobre la influencia de las pasiones políticas en literatura, en una velada literaria (inédito).

Inaugural de la Academia de Ciencias. En la Cámara de Diputados, 5 de Febrero de 1870 (inédito hasta hoy, va a imprimirse).

En la distribución de premios de la Sociedad de Beneficiencia, 1868.

En el Circo Chiarini.

Otro allí mismo, id., 1869 (los dos inéditos).

En la colocación de la primera piedra del monumento elevado a los mártires de Tacubaya, 1868 (inédito).

En la inauguración de una imprenta en el antiguo colegio de S. Gregorio, inédito, 1870.

En la distribución de premios de la Sociedad Filarmónica, 1869, inédito hasta ahora.

Estos discursos formarán, estoy seguro, tres volúmenes.

Mis artículos políticos y literarios, biográficos, cartas de viaje, descripciones, etc., otro volumen.

Crónicas del *Renacimiento* otro.

* Después me disgusté de los dibujos de Miranda.

* Durante la lucha contra el Imperio de Maximiliano, la División del Ejército del Sur, bajo el mando del general Diego Alvarez, se encontraba en tal inactividad, que irritado Altamirano, pronunció el 16 de Septiembre de 1866 un incendiario discurso invitando a los hijos de Tixtla al ataque; indignado Alvarez, dictó una orden de destierro en contra de Altamirano, disponiendo que con una fuerte escolta se le enviase a la frontera de Oaxaca. Altamirano no obedeció; permaneció en Tixtla ayudando al general Vicente Jiménez a organizar la campaña contra el enemigo (Ibid).



José Manuel
Hidalgo

Revistas dramáticas publicadas en el *Siglo* en 1868 otro volumen.

Mis versos, con el título de *Rimas* que voy a ponerles, otro volumen.

Revistas literarias, que ya están impresas, otro.

Clemencia, otro.

Y mi novelita que escribo hoy y que dedicaré a Leonarda Jarero, son los diez tomos de que hablo.

Ahora, he aquí lo que soy.

En primer lugar Fiscal de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, por elección popular ¡Cuán desacertada fue esta elección! Para lo que soy menos a propósito fue al nombrarme el pueblo.

Vice-Presidente de la Academia Nacional de Ciencias y Literatura, por elección de la Academia, en competencia con mi maestro Ramírez.

Vice-Presidente del Conservatorio Dramático, por elección y resignación de Valero.

Miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística.

Miembro de la Sociedad de Historia Natural.

Miembro de la Junta Directiva de la Sociedad Filarmónica.

Miembro de la Sociedad Ehtomática.

Miembro de la Junta Lancasteriana.

Miembro de la Sociedad de Artesanos "Balderas, López y Villanueva."

Miembro de la Sociedad de Carpinteros "Hidalgo."

¡Ay! ¡cuántos diplomas y cuántos honores, y ahora mismo, ahora mismo, casi escribo estas líneas, para entretenir el hambre. ¡Poco faltó para no tener que comer hoy! Al fin comemos un guisado y *laus deo*.

Esto es para hacer de los diplomas, de los manuscritos y de los periódicos, una hoguera y quemarse en ella!

¡Qué mundo!

Marzo 11 ☞

Después de tanta miseria — ¡trescientos pesos! — es decir una gota de agua en el desierto.

Apenas alcanza esto para pagar mis libros llegados de París y para contentar a mi casero.

¿Cómo hacerme ropa?

Me parezco en el traje a Pedro Gringoire.

Temo morirme este año.

Marzo 13 ☞

He amanecido con grandes ganas de adquirir una casa, reuniendo para pagarla todo lo que tengo en créditos contra el gobierno, en mis sueldos de los años de 71 y 72 y el producto de mis libros.

¡Una casa de seis mil pesos! Esta es una señal de que voy a morirme.

Marzo 16 ☞

Estoy sufriendo horriblemente de la quijada o de la muela. Me arrancaré la segunda mañana.

Marzo 28 ☞

La primavera está ya en todo su esplendor. Los árboles se han cubierto de verdura, las flores enmarcan los campos— donde quiera que hay un rinconcito húmedo y sombrío, ahí brota una planta microscópica, una juguetona flor, un mundo de liquen.

El sol devora —La atmósfera se carga de perfumes y de voluptuosidad.

El corazón florece también ¡ay! pero los retoños caen, apenas nacen. El viejo tronco de las ilusiones no tiene savia.

• Hoy lunes estoy triste y pensativo —me metí en un coche para ir a S. Cosme. Pensé sin querer en Concha Guzmán y me fui a ver a las Méndez. Adela acababa de bañarse. Siempre creyendo que su corazón es un árbol de Mayo —todos pugnan por trepar en él.

El tedio me acometió allí. Me muero de tedio! ¡Qué mujeres tan estúpidas!

Ayer fui a Tacubaya con mi mujer y mi hija a ver a las Jarero. Vine a México con ellas. Tomamos chocolate en su casa y di una vuelta en la plaza.

¡Qué mujer tan inteligente y tan bella es Leonarda! Yo no conozco a mujer más digna de ser amada. Yo la quiero como a una amiga. En otra situación, la adoraría.

Marzo 30 (miércoles) ☞

¿Qué me sucede? Estoy profundamente triste, de un modo que me sería preciso llorar para aliviarme. Pereza,



Manuel M.
Flores

tedio, abatimiento, todo esto pesa sobre mí. Hoy me mataría.

Anoche vi a Maura en el Zócalo. Desde entonces se nubló mi alma. ¿Qué tiene esta mujer para mí?

¡Qué negro veo el mundo!

Mayo 5 

Tengo que pronunciar tres discursos —uno en el mercado de Guerrero, otro en el vestíbulo del Teatro Nacional, como Presidente de la Sociedad de Libres Pensadores que acaba de fundarse, otro en la Sociedad de Beneficencia por la apertura de la casa de asilo de huérfanos.

Hemos fundado la Sociedad de Libres Pensadores²⁴ para combatir al partido jesuítico que pretende levantarse. Ya verá si podemos luchar cuerpo a cuerpo.

¡Vaya un imbécil que es el Chucho Cuevas! ¡Soñar ahora con la vuelta de la superstición católica!

La historia de esta fundación puede verse en nuestro periódico *El Libre Pensador* cuya introducción escribí yo.

Mayo 23 

Aún estoy enfermo a consecuencia de los banquetes y de los desórdenes.

El jueves 12, Pepe Rincón mando por mí para que le acompañara a almorzar en el nuevo *Tívoli Fulcheri*.

Fuime en compañía de Felipe Huijosa —comimos y bebimos, pero volvimos en la noche y entonces la bebida fue excesiva. Vaciábamos copas de cognac y de champagne de una manera horrible. Nos fuimos así al teatro. Al entrar en el palco de Pepe Rincón, el mundo entero pareció girar en mis ojos. Pepe y yo nos salimos y fuimos al vestuario del teatro. Ignoro qué hice. Es la primera vez que pierdo la cabeza, pero me aseguran que estuve inconveniente con Concha Méndez, nos fuimos a la “Concordia”. Tomé un vaso de grosella y agua de seltz que me irritó el estómago lejos de aliviarme.

Después quise ver a María. ¡Estaba comiendo con *un señor!* Vaya.

Me dirigí entonces a casa de Tomasa Moreno que me había llamado. Platiqué con ella un rato, me habló de su mala situación, encargándome que hablara con el Presi-

dente y con el ministro de Hacienda, lo que le prometí y no pudiendo prolongar más una conversación fría y triste, salí.

Dirigíme entonces a casa del licenciado Torres Adalid²⁵ para hacer mis excusas a Leonor por mi falta de visitas. Partieron ya a su hacienda el domingo.

Después fui a ver a Leonarda. Había salido. Había luna.

Entonces fui al Zócalo. Allí me encontré con los amigos y algo me distraje.

Ortigosa me contó confidencialmente todo lo de la muerte de Sagredo²⁶ y la desesperación de Maura no por amor, sino porque temía un nuevo escándalo y no pudo evitarlo.

Sagredo la amenazaba todos los días con matarse a sus pies si no era correspondido. Ella dice que sólo por esta constante amenaza se prestaba a ciertas condescendencias que, sin embargo, nunca eran de importancia pero que enloquecían al pobre pintor.

Iba a verlo a la fotografía todos los días y se hacía retratar en todas las actitudes posibles. La acompañaba generalmente su hija Eva o su hermana Lola. El pintor le convidaba champagne y pasteles y ella admitía, *por las amenazas del suicidio*.

Además Sagredo le escribía todos los días y recibía en cambio respuestas de un género equívoco. Nunca le correspondió; pero el caso es que mantenía con él una intimidad, como la que en 1867 mantuvo conmigo.

Estas cartas hoy paran en poder de no se sabe quién; pero es probable que en el de la mujer de Sagredo. Maura ha encargado a Ortigosa que las recoja con empeño.

Maura pretendió entrar en la casa de su infortunado amante y no la dejaron, después acompañó su cadáver al cementerio protestante, en donde estuvo llena de lágrimas. ¡Oh la comedianta!

Ella explicó dulcemente a Ortigosa que no era el odio a mí el que la había llevado a la Alameda el día 3, sino el deseo de quitarme una preocupación que me hacía mal y la ofendía a ella.

—Contéstele usted dije a Ortigosa, que el *jettatore* soy yo, y que no la veo por lástima.

Después de esta larga conversación que tuvo lugar frente a frente de los hermanos de Maura, nos fuimos a





Justo
Sierra

la Concordia. El barón de Gostkowski me invitó a cenar.

Soñé anoche (porque escribo esto el 7) que Justo Sierra se suicidaba por Chucha (Servín) y tuve una pesadilla horrible.

En cuanto a hoy, me siento fastidiado y enfermo del estómago.

He aquí lo que han sido para mí los días 6 y 7.

Julio 8 ☞

¡Días negros, negros como la tinta, estos que han pasado! Si alguna vez la desesperación ha invadido con su excitación tentadora mi espíritu ha sido hoy —en que mil sentimientos, decepciones y pesares me combaten a porfía.

Un duelo me sacaría de apuros, pero ¿con quién batirme? Anoche fui a despedirme de Vicente Riva-Palacio que marcha a Europa. ¡Dichoso él mil veces! ¿Quién pudiera hacer lo mismo y abandonar esta atmósfera que ahoga y que envenena.

El día en que lejos, en Francia, en Italia o en Alemania, pueda yo comprar una casita y vivir independiente y modestamente, ése será el más feliz de mi vida.

Entretanto me consumo devorado por el tedio, por el desencanto de una vida sin horizontes, de una juventud que se marchita, de una lucha en que se quebrantan las fuerzas.

Amo la libertad y no la encuentro, no siendo los hombres que me rodean más que déspotas o esclavos.

Amo la ciencia y la veo desconocida y calumniada por pedantes o despreciada por imbéciles.

Amo la moral y no veo más que católicos infames y especuladores, predicando la mentira y explotando la imbecilidad de los pueblos.

Amo la literatura y veo que la miseria la hace imposible.

Tengo sed de amor. . . y el corazón me hiela. Todo se acabó.

¿Qué hacer?

El suicidio no me espanta y si no me corto el hilo de la vida y me emancipo de esta tortura es porque me repito con el poeta latino.

*Jam mala finisset letho, sed credula vitam,
Spes fovet et melins cras fore semper ait.*

Toda la tarde he estado frente a mi mesa con el papel en blanco delante y la pluma en la mano ; pero no he podido escribir. Mi cerebro está nublado! .

Voime a dormir. Mi sueño mismo es un letargo doloroso. Cuando despierto la luz me ofende, cuando me acuesto la cama me repugna.

Julio 19 ☞

Comienzo a arreglar honestamente mis papeles, mis versos y mis cuentas, porque creo y nadie me quita de la cabeza esta idea: que no acabo el año presente.

Me siento destruido. Hay algo dentro de mí que se apolilla.

En cuanto a la muerte me tiene sin cuidado. Detesto el suicidio; pero no me opongo a la llegada de esa *cosa*, de esa *peripecia* que se llama la muerte.

Al contrario, tengo curiosidad. . . y aunque el conocimiento de nada me sirva, me satisfará en el último instante.

Mi discurso en la inauguración de la Academia está en el número 72 —corresponde al 13 de marzo— año 27.

“Este venerable populacho de los desarrapados y de los ignorantes”.

Víctor Hugo — *Shakespeare*

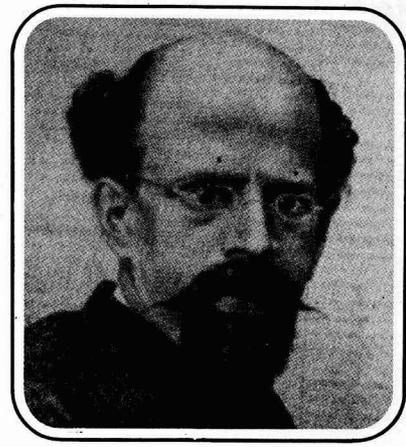
“¿Habéis ido alguna vez, en un día de fiesta a un espectáculo gratis? ¿qué decís de este auditorio? ¿Conocéis alguno que sea más espontáneo y más inteligente? ¿Conocéis aun en el bosque una vibración que sea más profunda? La corte de Versalles admira, lo mismo que un regimiento hace ejercicio. En cuanto al pueblo*”

Julio 31 (día de S. Ignacio) ☞

Me salgo de casa porque tengo miedo a las músicas militares. Es preciso dar a cada una de las que vengan a tocar, lo menos una onza de oro y hay que gastar ; seis onzas! . . . Si las tuviera querría mejor gastarlas en algo más nutritivo que las armonías.

Además hace un año comí en unión de mis amigos y tomamos excelentes vinos —y reímos hasta las 11 de la noche. Peredo, Sierra, Bandera y Chavarría hicieron charradas. Gonzaga Ortiz²⁷ tocó el piano, las zarzuelistas vinieron a cantar y a bailar.

* Página inconclusa



Vicente
Riva Palacio



Y hoy no hay vinos, ni dinero ni alegría.

Es algo triste dejar a la familia en este día. Es una fiesta del hogar, este cumpleaños; pero ¿qué importa? Dentro de un año si no desaparezco de la escena, tal vez estaremos alegres. Por hoy Bohemia.

Mi compadre Moya me regaló un magnífico retrato de Margarita, que es una fotografía con su marco ovalado de madera negra y un estuche muy elegante —un *necesser* de viaje.

Agustín una cigarrera de carey.

Amada una fosforera de marfil.

Antonia un lindo pañuelo de batista, cuya cifra bordó ella.



Leonarda un *carnet* pequeñito y lindo.

Felisa otro pañuelo con cifra que ella bordó.

Emilia un tarjetero que ella hizo muy elegante.

Leonardita Zayas una maceta de salón.

Gómez Eguiaste un tintero ¡pobre ahijado!

Bruno una pluma con que hoy escribo.

Gonzaga Ortiz un libro de *Pompeya*.

En mi casa —camisas, calzoncillos, mascadas, jabones, perfumes, etc. etc.

¡Un mundo de tarjetas! Desde la del Presidente de la República y los ministros mis compañeros de la Corte, diputados, artistas y mis bohemios, hasta mi portero que me subió su espléndida cartulina dorada con flores y trofeos. Y con esto y con una botella de jerez seco y otra de tequila rasposo, pasóse el famoso día. Sin que sintiera yo ni goces, ni sinsabores ¡nada! ¡qué diablo! Si ya nada me conmueve.

El sudario de la indiferencia me envuelve el corazón.

Enero 5, 1871 ☞

Se ha acabado el fastidioso año de 1870 y ya dormí en sus primeras horas en la casa nueva que he tomado en la calle del Factor la. No. 6, propiedad de José Ma. del Río. Esta casa me disgusta. Está próxima a un café cantante y los chillidos de las mozas que cantan me aburren por la noche.

Año nuevo, vida nueva —al menos así me lo propongo con toda formalidad, porque siento que el vigor se me va y que es preciso darse prisa. En este año, mucho trabajo, me propongo concluir el estudio del alemán y comenzar el griego.

Escribir alguna obra de *Derecho* — varias novelas, publicar mis versos, comprar ropa blanca, muebles, no gastar en comilonas que me arruinan y sobre todo, estudiar, porque me pesa mi ignorancia, como una carga.

Voy a escribir la sección Literaria del *Federalista* periódico político redactado en jefe por Manuel Payno...²⁸

El domingo 1º. de Enero, asistí al famoso almuerzo que da la Asociación de año nuevo, presidida hoy por Pepe Rincón.

Pronuncié dos brindis desvergonzados y luego, dije alguna chanza que Manuel Romero Rubio²⁹ tomó a lo serio y que me contestó con mucha bilis.

No se quedó sin respuesta, le dije hasta la despedida.

No volveré a embriagarme. Es una cosa horrible. Ese día estaba yo triste y pobre, pobre, de modo que el vino me cayó mal.

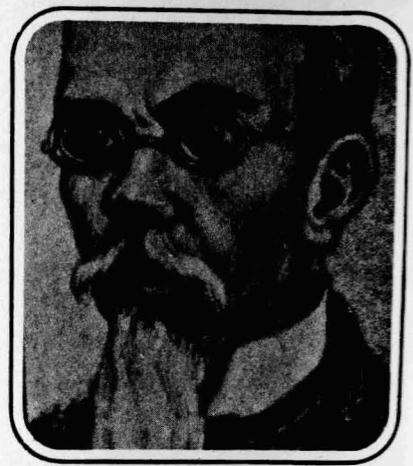
Ese día 2 murió la apreciable y virtuosa Sra. Suárez y se enterró el 3 con un inmenso acompañamiento de gentes de todas clases que concurrieron espontáneamente pues no se invitó sino hasta hoy; aunque las tarjetas tienen la fecha de 2 de enero.

Enero 10 ☞

Ya apareció mi primer artículo “Bosquejos” en el *Federalista*. Me salió fácil. Se deja leer, como dice Díaz León.

Martes 24 ☞

Ha aparecido en el *Mensajero* del Sábado 21 un artículo



Francisco
Díaz de León

titulado "Nuestros Teatros y otras cosas" firmado por Limón D. García, seudónimo bajo el cual se oculta el nombre de Luis G. Ortiz. En ese artículo se hace una crítica picante de nuestra *bohemia*, cargando la mano sobre el Dr. Peredo, tan bueno y tan inteligente, sobre el barón Gostkowski tan noble y consecuente, sobre la pobre Chucha Servín, sobre Pepe Cuéllar y sobre Enrique Olavarría que es leal ante todo y que cuando ha tenido que sentir de sus hermanos, ha desahogado su cólera en familia, como cumple un chico leal. Justo y Santiago Sierra también son aludidos.

Yo siento el ataque, aunque soy el mejor tratado, porque me duele una alevosía de amigo, más que nada y porque no conociendo las tristes pasiones femeniles que aquejan a otros espíritus menguados, siento sublevarse mi orgullo, ante la idea de una mezquindad y de una estocada asestada en medio de las tinieblas.

Luis no ha hecho bien en hablar así, por más que su artículo contenga sendas verdades, porque debía haberlas dicho en un tono conforme a las leyes de la amistad.*

En el folletín comenzó mi librito *México después de la Reforma*³⁰ colección de artículos de costumbres, que tendrán un objeto filosófico: atacar las viejas ideas y hacer sentir repugnancia por la tradición. "Todo nuevo" es mi lema. . .

Enero 12 ☞

Apareció mi primer artículo en el *Federalista* el lunes. El despacho de D. Ignacio Cumplido se echa de ver por la sequedad con que se anuncia esto en el *Siglo*. Estoy seguro de que él mandó poner así el parrafillo. ¡Pobre Coen!

Febrero 6 ☞

Anoche fui invitado a concurrir al club alemán donde se celebraba la noticia de la toma de París. Fue noche de emoción porque los franceses irritados se pusieron a tirar piedras y aun balazos a la casa. Los alemanes se entusiasmaron y bebieron Rhin que fue grato. Entristecidos por las tonterías que habían hecho las autoridades de aquí, yo restablecí la alegría brindando por ellos. Obtuve una completa ovación y me saludaron con una salva de *hurra*s

y mandaron tocar la marcha Zaragoza, etc., etc. Escribí un artículo en el *Federalista* sobre esa fiesta.

Febrero 9 (jueves) ☞

Felipe Guijosa me invitó a almorzar en el Tívoli viejo de S. Cosme, en unión de Miguel Béistegui y otros. Almorzamos en el salón grande y después Velázquez de León³¹ vino y fuimos a jugar bolos con D. Sebastián Lerdo de Tejada, que estaba con Guillermo Valle y el Lic. Montiel.

Ahí estuvimos hasta las 6 de la tarde, hora que nos vinimos en coche y me dejaron en la Sociedad de Geografía y Estadística.

Después fuimos al *Teatro Nacional* donde se representaba por primera vez la ópera de Planas³² *D. Quijote*, que fue muy aplaudida, pero que me parece muy mala. Cantaron la linda Soledad Vallejo, la Mendoza y las Quezadas que hicieron a D. Quijote y Sancho. Alfredo Bابلot³³ estuvo furioso viendo entusiasmado a un público que oyó con frialdad los festivales.

Febrero 17 (viernes) ☞

Está vertiendo lágrimas mi corazón. Y me entrego a la tortura del bufete.

Abril 6, 1871 (Jueves Santo) ☞

Hoy me levanté a las seis de la mañana para dejar a Pedro Peón y Regil en la estación del Camino de hierro de Veracruz, pues parte para Italia a donde lo llama su padre.

Algunos del Círculo de tiradores estaban allí. Dormí después hasta las tres de la tarde. No he salido, estoy en la completa bohemia; pero no tengo fastidio.

Abril 30 ☞

Pocas, muy pocas veces he tenido el tedio espantoso que ahora y voy a escribir mis bosquejos; ¡Horror!

Julio 4 ☞

Me he levantado a la una y he tomado una gran taza de

* Continúan los recortes de periódicos, relativos al artículo de Gonzaga Ortiz.



Margarita Maza
de Juárez

café con leche y pan blanco. Esta cura, bien entendido, es de la tarde.

También me acosté a las cinco después de dejar en su casa a Valentín Uhink mi hermano de armas y a Sosa. Es que estuvimos en la tertulia dada por Juan José Baz³⁴ en su espléndida casa de Sta. Clara, a Tamberliek,³⁵ la Perat y a la embajada española y creo que es también a ésta porque a los artistas, ya los invitó una otra vez. Me divertí. Me presentó Luciana al ministro español que me parece una medianía. Sin embargo es muy campechano. Estuvimos hablando juntos Mariscal (ministro de relaciones), Prieto, Payno, el ministro español y yo y ahí fue cuando pude juzgar de los talentos de S.E.

Después en la mesa, García Torres estuvo delicioso. Dijo versos en honor de Tamberliek y la explosión de risa que los saludó fue formidable.

Julio 8 ☞

Ayer asistí al banquete dado en honor de Tamberliek. Comimos mal pero estuvimos alegres. Yo brindé, según

mi costumbre, en términos poco edificantes. ¡Qué diablos! Han dado estos caballeros de aquí en ir a los banquetes a hacer brindis serios y solemnes. Aquello estaba convirtiéndose en una cena de Lucrecia Borgia, hasta que yo introduje el desorden y la inmoralidad. De lo que aun Tamberliek se bajara del pedestal en que lo había colocado la impertinente ceguedad de esas gentes y se pusiera a decir diabluras.

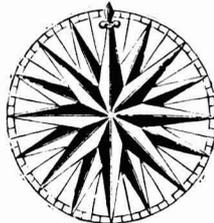
Gasier que era de nuestro temple estuvo de un humor delicioso.

A las siete nos salimos de Tívoli en unión de Rivera y Río y Sierra. ¡Qué lástima que no hubiera estado también el Nigromante!

Julio 9 ☞

Hay días en que amanece uno con ganas de llorar sin saber por qué. Este es uno de ellos para mí. Debe ser que come uno mal el día anterior.

Voy a escribir mi *Federalista*.



Notas

1. Probablemente fue en julio. En una de sus cartas a Manuel Parra, Altamirano escribió lo siguiente: "Mi salud ha estado mal desde hace dos meses y ahora mismo estoy en cama, desde hace ocho días con intermitentes que me han puesto de un humor precioso y reducida mi corporatura a la sola composición de huesos, músculos y epidermis. Esta enfermedad viene después de una disentería que estuvo a punto de cargar conmigo; de manera que he tenido muchos motivos de extrañar la asistencia de U. que tan fácilmente domina estas dos enfermedades.

...a principios de la semana entrante estaré en México radicado ya..." (Sánchez Castro, p. 14)

2. Faustino Galicia Chimalpopoca (¿- 26 de agosto de 1877). Profesor de náhuatl y traductor, entre otras obras suyas, de los *Anales antiguos de México y sus contornos*.

3. El 7 de febrero de 1868, el Congreso de la Unión nombró a Altamirano Fiscal de la Corte Suprema de Justicia.

4. Actriz española, esposa de José Valero.

5. En sus crónicas de teatro, en 1868, son frecuentes los elogios de Altamirano a José Valero, "el primer comediante - escribió Luis Reyes de la Maza en *El teatro en México en la época de Juárez* (1868-1872). UNAM, 1961. p. 17 - que pone en práctica en México el modo moderno de actuar, es decir, la naturalidad".

6. José Poyo, tenor cómico. Altamirano, afirmó en una de sus crónicas: "Poyo, el gracioso tenor a quien no puede verse en escena sin sonreír..." *El Renacimiento*, t.I, p. 237.

7. Sebastián de Movellán, autor español y empresario, con Vicente Riva Palacio, en la reconstrucción del teatro "Iturbide". Refiriéndose a Riva Palacio, Altamirano escribió en *El Siglo XIX* el 31 de enero de 1868: "Es él, el mismo jefe republicano que después de cinco años de constante lucha, hoy se consagra a estas pacíficas tareas de reconstrucción teatral..."

8. En su crónica del 31 de julio de 1869, *El Renacimiento*, t.I. p. 434, Altamirano escribió de la Aguilar: "...es joven agradable, simpática y que ha gustado en los papeles, bien insignificantes por cierto, en que se ha presentado al público".

9. Elisa Zamacois, actriz de zarzuela y bailarina quien, con Amalia Gómez fue una de las dos primeras que bailaron el Can Can en México. Como actriz, Altamirano y Luis G. Ortiz (con el seudónimo de Heberto) la elogiaron frecuentemente.

10. Discurso leído el 17 de julio de 1869 en el panteón de San Fernando.

11. *El Renacimiento*, t. II. 1869.

12. Ignacio Cumplido (1811-1887) Altamirano no oculta cierto desdén irónico hacia Cumplido. "Cucú", le llama, si bien es imposible conocer la historia cultural del XIX sin Cumplido, no sólo impresor y periodista —Guillermo Prieto hizo, quizá la mejor descripción de sus tareas en *El Siglo XIX*— sino como cronista. El relato de un viaje suyo por Europa es un testimonio valioso para conocerlo en un aspecto que sus contemporáneos juzgaron tan importante como sus tareas de impresor.

13. Luis Hahn (¿ -1873) Músico alemán, vivió en México desde 1851 o 52. Remitió, principalmente al Museo de Berlín, plantas y animales de nuestro país.

Eduard Wihlhem Baltzer (1811-1887) La traducción se publicó en *El Libre Pensador* (Warner, p. 172)

14. En su crónica del 28 de septiembre de 1870, en *El siglo XIX*, Altamirano escribió: "Función extraordinaria a beneficio de la característica mexicana Rosario Muñoz y del administrador señor Servín. . ."

15. Los pequeños postes de cantera, rosada en su cúspide —escribió Enrique Fernández Ledesma en *Viajes al siglo XIX*— que circundaban el atrio de Catedral, uníanse entre sí por cadenas colgantes que formaban ondas y que ofrecían de lejos un insuperable efecto decorativo". El atrio, interrumpidos los postes en el centro para dar acceso al público, era el sitio del paseo vespertino. La calle del Empedradillo, hoy la primera de la avenida 5 de mayo, se la llamó así por ser una de las primeras que se empedraron en la ciudad.

16. Acaso se trate de la obra intitulada *Julia*, por su semejanza con el trazo general de *Clemencia* y la fecha de su publicación: 1870, aparecida, inicialmente, como *Una noche de julio. El siglo XIX*, 7a. época, año 27o. t. VIII. núms. 198, 205, 212 (17, 24 y 31 de julio de 1870). Véase Warner, p. 56 y Reyes Navares, p. 153-4.

17. (1790-1854) Antiguo insurgente, se acogió al indulto en 1819; más tarde se unió a Vicente Guerrero en 1821. Fue —11 de abril de 1854— una de las primeras víctimas de la revolución de Ayutla.

18. Altamirano transcribe las noticias que daban cuenta de su separación de *El siglo XIX*, en varias páginas. Sus crónicas en dicho periódico se publicaron del 31 de enero de 1868, con el título de *Crónicas de teatro*, excepto la primera: *Revista teatral*, hasta el 14 de octubre del mismo año.

19. (¿ - 1909) Periodista y director de *El Monitor Republicano*, fundado por su padre.

20. (1845-1890) Periodista y orador

21. Gustavo A. barón de Godowa. Escritor y periodista, director de *Le Nouveau Monde*, *El Domingo*, etc.

22. F. Díaz de León y S. White, Editores. 1869. 318 p.

23. En ninguna bibliografía de Altamirano aparece esta obra.

24. La Sociedad y el periódico *El Libre Pensador*, se fundaron en mayo de 1870. El día 5, Altamirano, al declararse inaugurada dicha sociedad, pronunció un discurso en el que proclamó los principios liberales de los reformadores. El 6 de junio, en el aniversario de la muerte de Ocampo, dijo otro discurso en el panteón de San Fernando. Ni Heliodoro Valle ni Warner consideraron que la introducción del primer número de *El Libre Pensador*, fuera de Altamirano.

25. Ignacio Torres Adalid (1836? - 1914). El comerciante más rico por el tráfico con pulque y propietario, entre otras fincas, de la de San Antonio Ometusco, edo. de México.

26. Ramón Sagredo (1834-1872). Discípulo de Pelegrín Clavé, Sagredo fue elogiado, entre otros escritores de la época, por Justo Sierra (*La exposición de pintura*, t. III de *Obras completas*. UNAM, 1948). Fue autor del retrato de V. Guerrero, Jesús en Emaús, La Muerte de Sócrates, etc.

27. Luis Gonzaga Ortiz (junio de 1835 - mayo de 1894) Altamirano escribió sobre Ortiz un certero juicio en su *Revista teatral* de 31 de enero de 1868, en *El siglo XIX*, al sustituirlo como cronista.

28. Siguen los recortes de distintos periódicos y revistas, en los que se comentó la nueva colaboración de Altamirano.

29. (1828-Octubre de 1895) Srio. de Relaciones y de Gobernación, en cuyo cargo falleció en la ciudad de México.

30. En *Bosquejos de El Federalista*, Altamirano publicó, el 9 de enero de 1871, un artículo sobre la muerte de Margarita Maza de Juárez; el día 16, una exhortación a los periodistas, El campo electoral, El salón de 1870 y El general Prim; el 23 de enero, El espectro, los niños pobres; el 30, La escuela en 1870, el cual continuaría hasta fines de febrero de 1871. Estos artículos —uno de los que se publican en este número— llevarían el título general que Altamirano consigna en sus *Páginas íntimas: México después de la Reforma*.

31. Joaquín Velázquez de León (1803-1882) Coronel de ingenieros, diplomático y Ministro de Fomento.

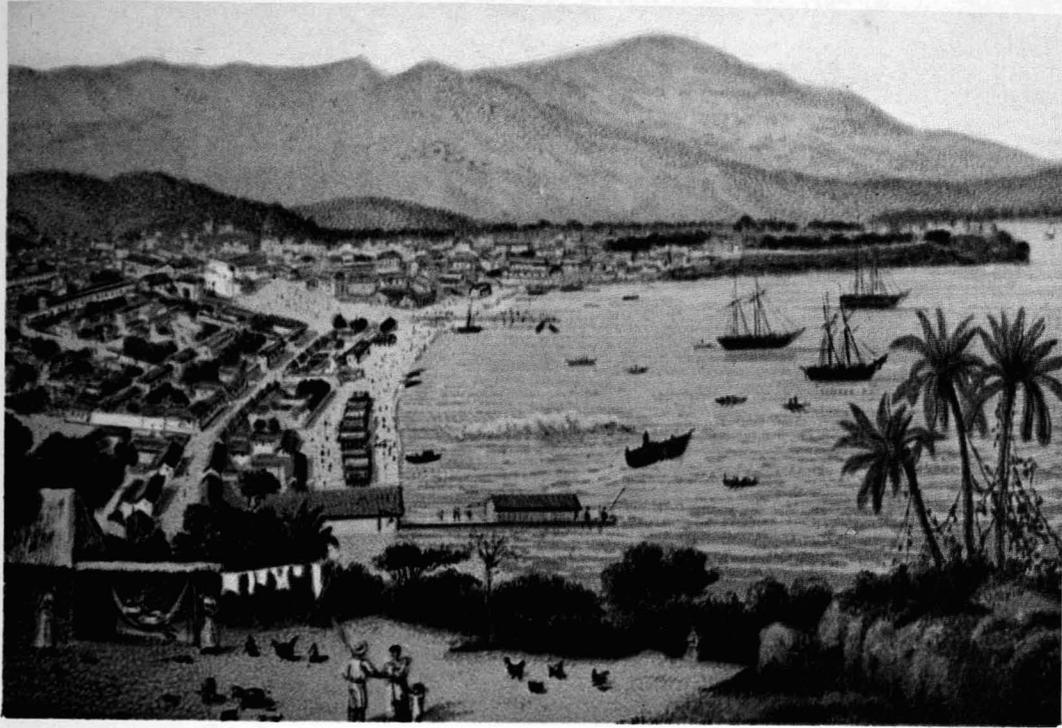
32. Miguel Planas, compositor. "En febrero (de 1871) un grupo de aficionados —escribió Reyes de la Maza, p. 30— estrenó en el Teatro Nacional una nueva ópera de autor mexicano, acontecimiento no repetido desde 1865. En esta ocasión se montó la ópera *Don Quijote en la venta encantada*. . ."

33. Alfredo Bablot D'Oibeuse (¿ -abril de 1892) Periodista. Al morir era director del Conservatorio Nacional de Música y Declamación.

34. Juan José Baz (junio de 1820 - octubre de 1887) Gobernador del Edo. de México y Srio. de Gobernación.

35. Enrico Tamberlieck, tenor. Su fama corrió, hacia 1871, con la de Angela Peralta, en *Otelo*.





El campesino del Sur,
trocado en tipo urbano,
sintió la reminiscencia del paisaje.
La ciudad no tuvo bastante
fuerza en su espíritu para
borrar el recuerdo del campo nativo.
Enrique González Martínez

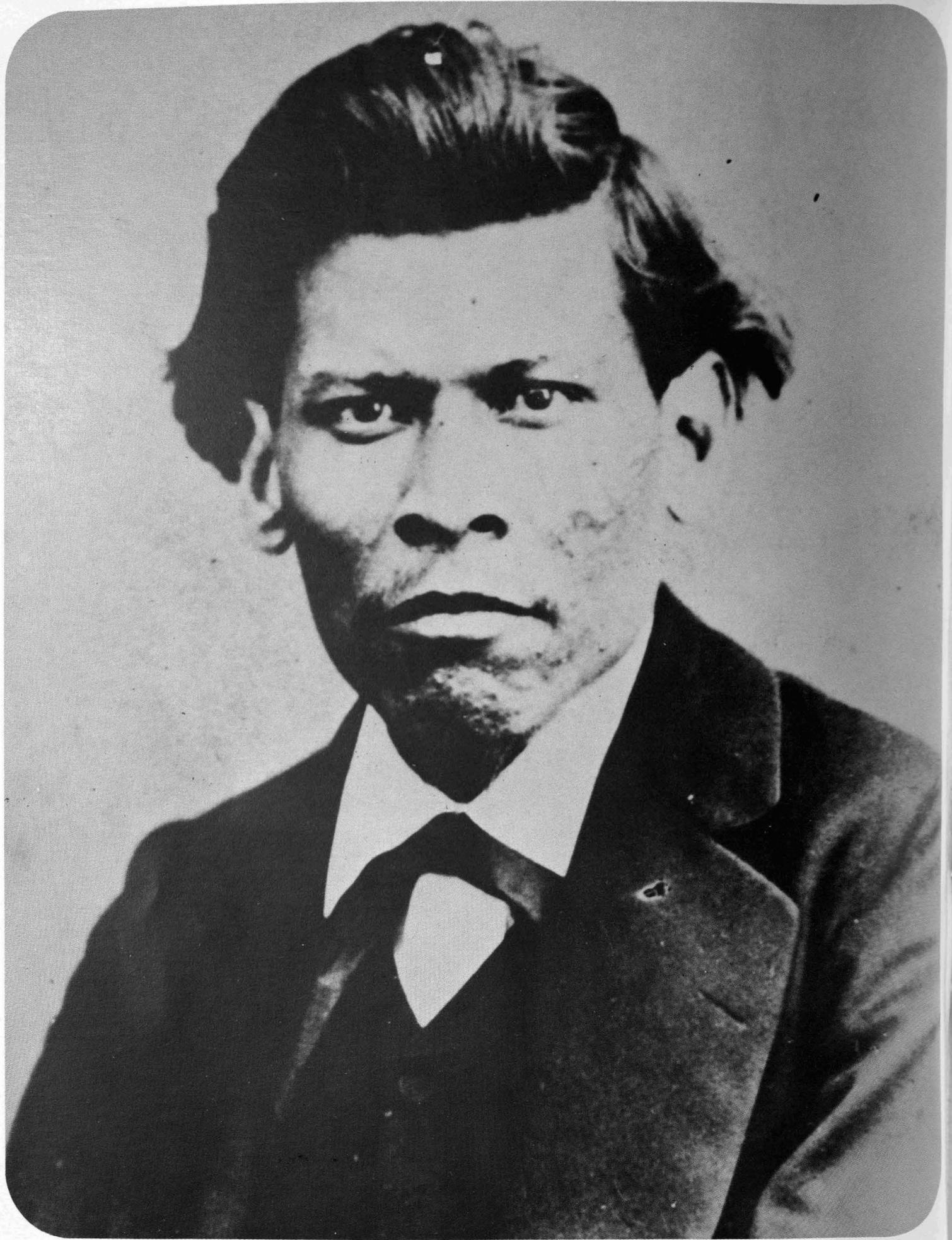




De izquierda a derecha:
Palma Guillén de Sánchez Santos, Altamirano,
Margarita Pérez Gavilán de Altamirano
y Eduardo Pérez Gavilán.



Altamirano, con
Leandro Valle, Manuel Payno
y dos personas más,
desconocidas



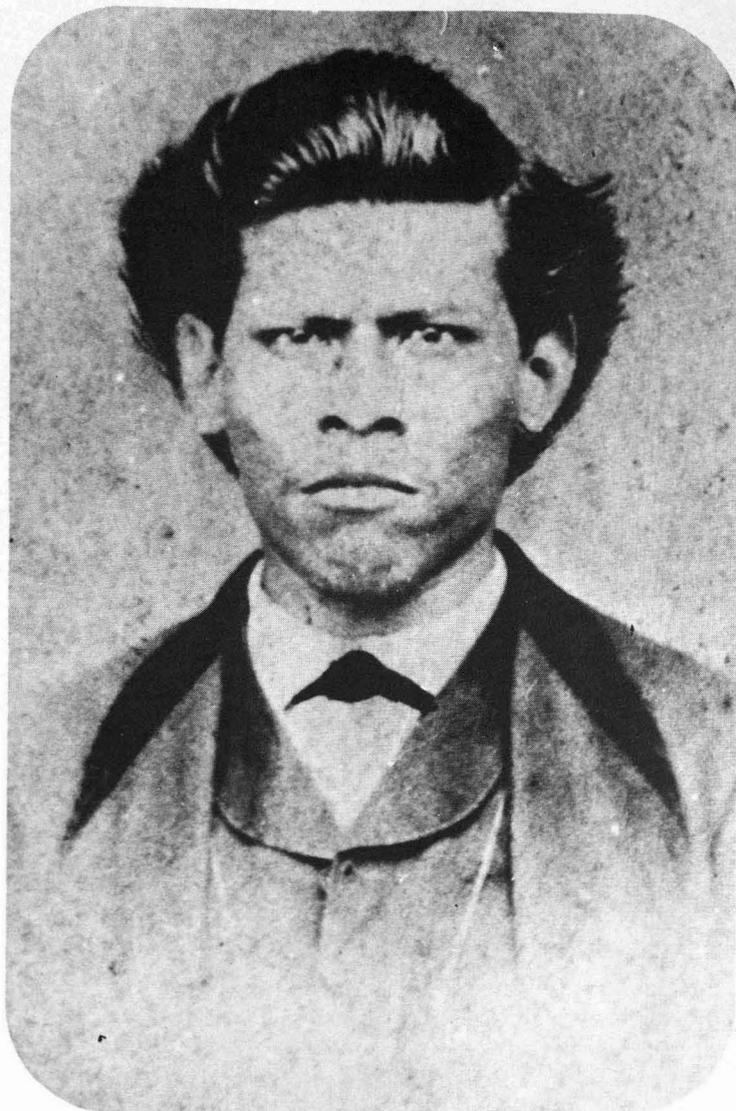
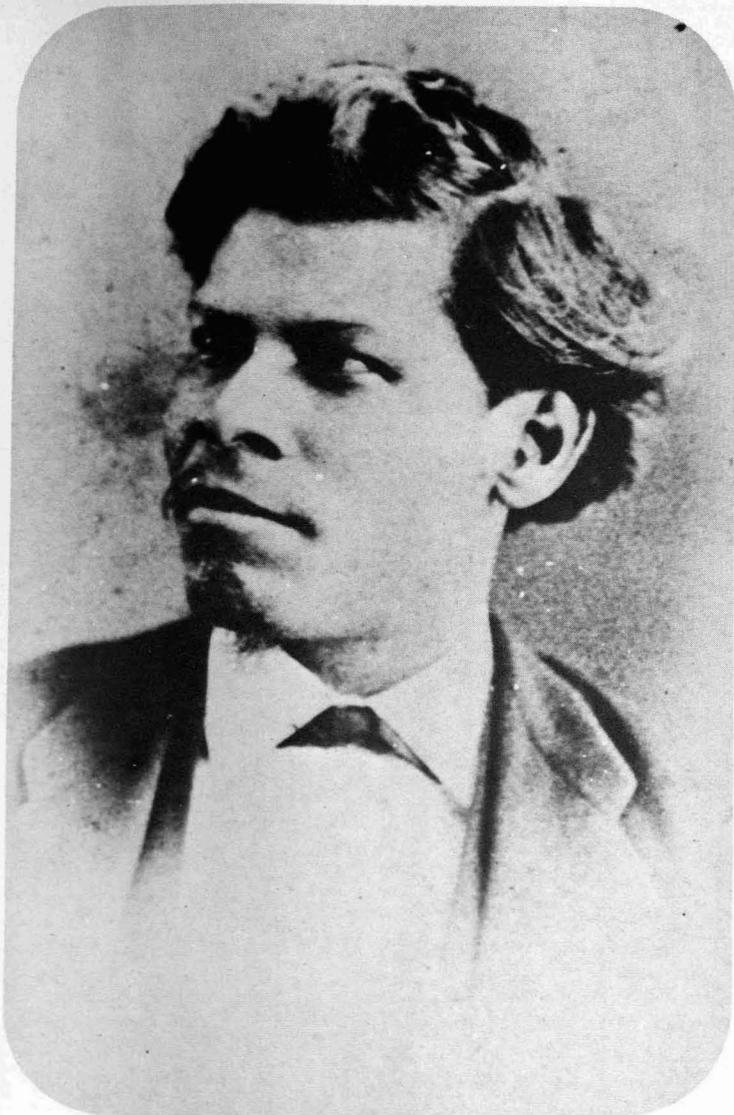




Justo Sierra
y doña Luz Mayora y Carpio,
el día de su boda:
6 de agosto de 1874.



D. Joaquín D. Casasús
y doña Margarita Altamirano,
el día de su boda:
3 de noviembre de 1886.



Por fin entró a una escuela. La división de razas no había sido aún relegada al olvido. Subsistía como una fatal herencia de la dominación española. De un lado estaban *los de razón*, los hijos de los españoles, para los cuales eran los privilegios de la enseñanza; del otro se encontraban los indios, los desheredados, los que sólo aprendían a leer y retenían de memoria el Catecismo de Ripalda. Entre éstos estuvo Altamirano. . .

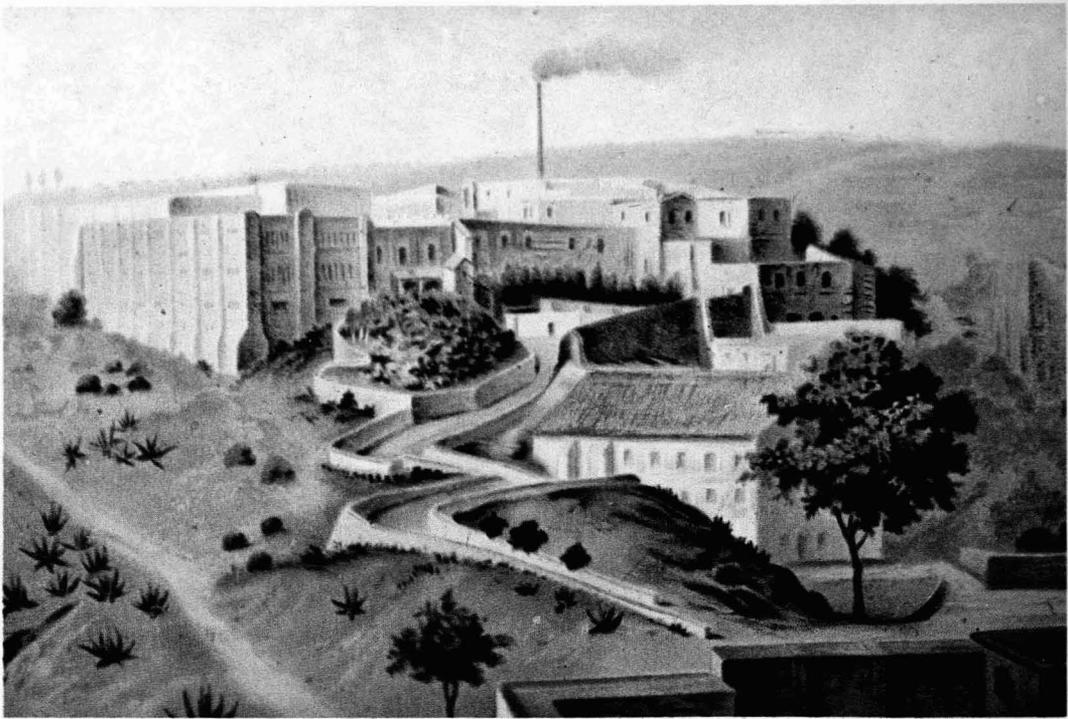
Biografía, por Luis González Obregón.





Para defender el pueblo
su corona, no tiene más
recurso que organizar a las clases
trabajadoras que forman la inmensa
mayoría de la nación.

Altamirano
13 de febrero de 1875.



Cartas

La Providencia, junio 7, 1864.

Sr. Dr. Manuel Parra
Tixtla

Muy querido amigo:

Hasta ahora contesto la grata de U. de 15 de Mayo y hasta ahora primero porque he tenido que hacer dos viajecitos importantes a Acapulco, en donde he dilatado algo y luego porque al llegar aquí de vuelta de aquel lugar enfermizo padecí unas calenturas.

Pensé luego que llegué del interior escribir a U. una larguísima carta que de tan larga, tardé en comenzarla. Era un diario de viaje, más bien que una carta. Luego determiné ir a Tixtla a arreglar un negocio del tío y a ese propósito me guardaba para la charla, lo que iba a vaciar en el diario y por último nada hice, como U. ve.

Ahora, sabrá U. poco más o menos nuestra situación. Estaba yo en Acapulco cuando llegó la escuadra francesa y salí momentos antes del desembarco de las tropas. U. figurará nuestra preocupación, pensando que ese desembarco no se esperaba ya y que todo ha tenido que festinarse, para resistir a los movimientos que intenten. Entiendo que los franceses se limitaran a ocupar el Puerto para que inverne su escuadra y naturalmente poseerán la población para sus provisiones y cuarteles. No creo que expedicionen al interior del Estado, pues su fuerza no consta más que de 800 hombres y a lo más a que pueden entenderse es a hacer correrías a los lugares circunvecinos para proporcionarse forrajes y víveres, pues los destacamentos que se han situado en los alrededores, se los impiden, de manera que constantemen-

te han de estar saliendo por necesidad. Por otra parte, las correspondencias de Colima bien deficientes así lo dicen, según supe por Van Brunt y Huarte con quienes hablé en Acapulco. Cuando la estación de lluvias cese, y Maximiliano tenga lugar de emprender las cosas serias en su imperio, sí creo que tendremos una expedición combinada. Por ahora repito que la necesidad de invernar en una bahía segura y en un lugar salubre les ha hecho preferir Acapulco a Mazatlán que es descubierta y malo, a Manzanillo que es mortal, a S. Blas que es tempestuoso y a Chamela, Ipala y Navidad que son bahías pequeñas y situadas en costas desiertas.

Como quiera que sea, estamos en jaque y comienza la barahúnda. Calcule U. la sensación causada por este acontecimiento en unos lugares que desde 1821 no han sido hollados por enemigo extranjero. Ha habido algunas defecciones miserables. D. Librado Salas está presentado, según se dice ¿U. lo creería? A todos ha sorprendido por la estrechez con D. Diego y su parentesco; pero la verdad es; que no se imaginaba y que el general viejo ha irritado esto a lo sumo. Yo creo que ese zaragate quiere embarcarse y lo hará ahora que el bloqueo ha cesado para ir a gozar de sus dineros al extranjero, importándole un pito el menosprecio de los hombres de bien.

El viejo ha salido hoy con su familia para la Costa a un lugar propio y ha costádole mucho resignarse; a pesar de su vejez el brío en ese hombre no se acaba y, ojalá que su hijo lo hubiere heredado.

En cuanto a mí, voy a llevar a Margarita con la familia recomendable de mi compadre Giles, allí mismo y estaré de vuelta en esta finca dentro de



cinco o seis días. Estaré al lado de D. Diego y cumpliré mi deber, no lo dude U.

En mí no se extingue ni la fe, ni la resignación.

Vamos a otra cosa. He estudiado los autos que se me remitieron, he comenzado a escribir, pero me ha interrumpido este incidente. Sin embargo, los tendrá U. ahí dentro de diez a doce días, despechados con mi dictamen. En cuanto a honorarios, debía yo decir a U. que lo dedujeran de nuestra cuenta, pues no la olvido; pero mi pundonor, debe posponerse por ahora a mi necesidad. Deben ser cosa de treinta y cinco pesos y deseo vivamente que; aunque después se los proporcione de los bienes respectivos, hoy los dé a mi mozo Luis Alemán, protador de esta carta y que se va a México. Le debo esta cantidad por sus sueldos. Le he dado aquí parte de ella, es decir del total; pero, como necesita ahora de mis pequeñísimos recursos, me veo obligado a inferir a U. esa nueva molestia. Eso me importa y estoy entretanto afligido. Yo estaré escribiendo a U. a menudo. Que la familia se mantenga buena y agradeciendo a usted de antemano su favor, quedo como siempre su sincero adicto.

Ignacio M. Altamirano.

Iguala Enero 19-1867.

Sr. D. Manuel Parra
Tixtla.

Muy querido amigo:

El Sr. Aburto entregará a U. ésta y le contará cuanto he hecho en mes y medio justo.

La acción de Tixtla que yo mandé y en que quité un convoy de parque, 80 prisioneros, armas. La sorpresa de Nexpa en que aniquilé la guarnición de Iguala quitando sus mejores elementos y cuya sorpresa fue un pensamiento mío, el sitio de Cuernavaca que si yo hubiera dirigido habría tenido éxito; porque aterró a los cuernavaqueños, y el terrible combate a arma blanca con los gendarmes en Chiepetlán en que yo cargué y derroté al enemigo que dejó la calle tendida de cadáveres y entre ellos a su gefe Paulino Lamadrid, la conquista de todo el 3er. Disto. del E. de México, menos el casco de Cuernavaca y la consiguiente evacuación de esta plaza. He aquí la obra exclusivamente mía y el resultado de mi audacia y de mis pensamientos. He hecho esto con 400 hombres q. se me confiaron y que he tenido tal pena en subordinar a mis deseos y a mis intenciones que algunos de ellos han estado próximos a asesinarme. En fin, éste ha sido un mes y medio de emociones continuas. Hoy por aquel rumbo tengo una reputación militar casi igual a mi reputación de tribuno. Relato a U. esto, porque siendo mi mejor amigo allí y el único tal vez que tuvo plena fe, en mi espíritu de calavera, debe tener gusto, hoy que ve los resultados.

Saludo a U. cariñosamente. Yo marcharé dentro de dos o tres días a recibirme al mando de



otra Brigada, pues he entregado el de la fuerza que saqué.

He tenido algún dinero, porque más que de militar y político, he tenido fama de hombre probo; pero ese algo lo he dado a todos, cualidad que es un vicio en mí. Por eso D. Manuel Aburto me suplica haga a U. una explicación sobre una pequeña cantidad que le adeuda.

Agradeceré a U. mucho, envíe copia de los primeros párrafos de esta carta a los S.S. Saucedo y Bello, saludándolos a mi nombre.

Desearía cuajar con U. un rato porque hace tiempo que estoy taciturno y aun escribo poco, a consecuencia de que pienso y obro. Si el Sr. Saucedo tuviera alguna correspondencia para mí y la hubiera despachado a U. sírvase remitírmela con el Sr. Aburto que me seguirá, o con un propio violento que yo pagaré aquí. Conque adiós otra vez y crea U. que lo quiere siempre.

Ignacio Manuel.

México, abril 28 de 1878.

Al General José Garibaldi

Ilustre General:

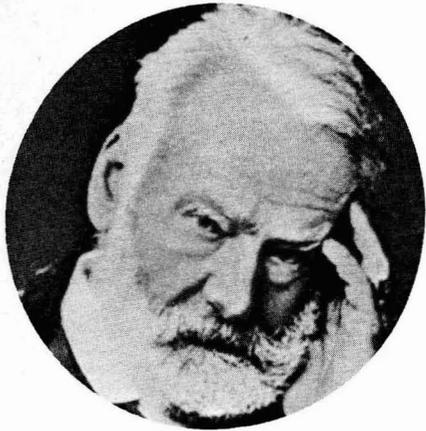
Desde mi juventud, he sido vuestro ardiente admirador y he seguido con ansiedad e interés vuestra gloriosa carrera, siempre habéis sido el más noble y el más heroico campeón de la causa de la Humanidad y de la Libertad en ambos mundos.

Yo, que he consagrado sin cesar mi existencia a la Democracia en este pueblo de América y que he contribuido, aunque en humilde esfera, con mis pobres esfuerzos a destruir el dominio secular del clero, católico, a defender la Independencia contra la intervención extranjera y el Imperio y a consolidar las conquistas liberales en mi país, he deseado, hace tiempo, enviaros mi homenaje de admiración y respeto, como el último pero el más adicto de vuestros correligionarios de México.

Hoy, que mi amigo el capitán Contí me ofrece entregaros esta carta, aprovecho la ocasión para atestiguaros mi simpatía y veneración.

Ignacio M. Altamirano

(Esta carta fue entregada al capitán Enrico V. Contí, que parte para Europa en el próximo paquete francés — el del 18, de este mes de mayo de 1878).



México, abril 28 de 1878.

Al ilustre V. Hugo

Señor:

Desde el año de 1870 y por resolución de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de la cual era yo, como soy todavía, el primer secretario, tuve el honor de enviaros un diploma de socio honorario, así como al Sr. Thiers, cuya muerte deplora la Francia.

Seguramente aquel diploma no llegó entonces a vuestro poder y por este motivo, la misma Sociedad de Geografía y Estadística que es la primera corporación científica de esta República y que vive bajo la protección de nuestro gobierno, ha determinado enviaros un duplicado del diploma referido que recibiréis con esta carta.

La Sociedad espera que tendréis la bondad de aceptar esta muestra de admiración y profunda simpatía que los hombres de letras mexicanas de los que soy el órgano, tributan al gran poeta y al eminente republicano que es ya una gloria para su siglo y para la Humanidad.

Dignaos, señor, aceptar las consideraciones y el respeto con que soy vuestro obediente servidor.

Ignacio M. Altamirano.

(Esta carta también se fue recomendada al capitán Enrico V. Contí. Mayo 14 de 1878.)

Venecia, marzo 2 de 1891.

Muy querido Pancho.*

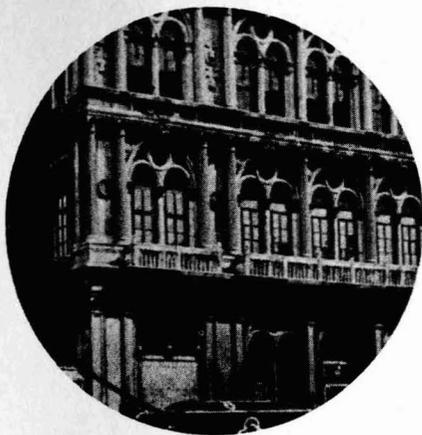
Después de haber estado en Roma trece días y en Nápoles doce, he venido a Florencia y después de esta bella y romántica ciudad, que yo deseaba conocer más que ninguna de Italia, tanto por sus grandes recuerdos, como porque me importaba verlo todo para rectificar mis descripciones de Atenea, que había yo hecho sólo por la lectura de los viajes. ¿Se acuerda V. de Atenea? V. se sirvió calificarla como la mejor de mis noveluchas. No la concluí, e influyó para esta suspensión no tanto mi pereza nativa, como el escrúpulo que me vino de que no conociendo de visu la ciudad, podía haber incurrido en alguna inexactitud. Pues bien, hoy que la conozco mejor de lo que esperaba, porque he penetrado en los palacios y he conocido familias de la antigua aristocracia veneciana, aseguro a V. que nada tengo que rectificar. La había conocido en parte por los viajeros, y en parte, la había adivinado por una intuición singular. He estado en la casa de Bianca Capello. Me atreví a describirla por dentro sin dato alguno, y es igual a mi descripción. Lo único que tengo que hacer es ampliar mis descripciones, o agregar otras cuando llegue a París y concluya mi novela.

¡Qué encantadora ciudad! Siento que lo limitado de mi licencia no me permita estar aquí lo menos quince días. Venecia es única por lo extraordinario de su situación, de su aspecto, de su historia. Aquí se sueña después de pensar mucho en el pasado.

Ya la 5a. edición de Navidad en las montañas está concluida, los tomos empastados y sólo me aguardan para hacer la remesa a México. Es edi-

(Cartas del segundo cuaderno de "Páginas íntimas".)

* Francisco Sosa (1848-1925)



ción española, quiere decir, en español, pero impresa en París. La francesa, es decir, en francés, saldrá después. Tuve que hacer una nueva dedicatoria que va al frente de esta 5a. edición. Ya la verá V. y quedará contento de ella.

Mañana salgo para Milán; después voy a Turín y estaré de vuelta en París el 8.

Recibí carta de V. en París, pero cuando me preparaba a partir para Italia en enero. He hecho un viaje magnífico. He conocido a literatos y escritores que me han recibido muy bien. En Nápoles me nombraron miembro de honor de la Sociedad Americana de Nápoles, y eso estando yo todavía en París, de modo que les di las gracias personalmente en Nápoles, pues me comunicaron mi nombramiento cuando iba yo a salir.

De la Sociedad Geográfica de Roma era yo miembro hacía veinte años.

Margarita, que me acompaña en este viaje, saluda a V. afectuosamente. Yo le ruego que presente mis recuerdos a todos los amigos, especialmente a Guillermo Prieto y a Telésforo García. A Luis le escribo unas líneas, porque los viajeros no tienen tiempo para más. Recibirá V. ésta por conducto de Joaquín a quien la remito por la vía de París, encargándola a Aurelio que se quedó allí.

Adiós, querido Pancho, reciba V. mi afecto constante.

Ignacio M. Altamirano

Ignacio M. Altamirano.

Cónsul General de los Estados Unidos Mexicanos en Francia.

7, Rue de Maubeuge.

París, abril 22 de 1891.

Muy querido Pancho:

Ayer recibí la gratísima de V. de 30 de marzo en que contesta mi cartita de Venecia, y me dice otras cosas.

Me apresuro a replicar a V. porque no he conversado con V. durante muchos meses, aprovecho los primeros instantes para darme ese gusto.

Regresé de mi viaje a Italia a principios de marzo, pero a causa de las fatigas constantes de cerca de dos meses, andando en ferrocarril, en carruaje, a pie, y hasta en burro, por tierra; y en vapor y en bote por mar, de las desveladas en los teatros, del frío incesante, y de las malas comidas, caí enfermo de anginas y del estómago. Pero todo pasó en quince días; este clima de París es sano, aunque sea incómodo a veces, y ya estoy bueno. Margarita que estuvo indispuesta en Roma y en Nápoles, llegó bien, pero se enfermó después, de sus antiguos dolores de estómago. Pero consultamos con el sabio doctor Potain antier, y dice que no tiene nada grave, que se aliviará pronto. En efecto, está gorda. Le leí las líneas de la carta de V. que se refieren a ella, y agradeció a V. mucho sus recuerdos, que retorna, y se rió de su predicción sobre que volverá muy gorda, porque, aunque achacosa, parece muy robusta, en efecto.

Nuestro viaje a Italia, aunque hecho en tiempo todavía muy frío, nos encantó. Cuando salimos



de París, el 21 de enero, todo estaba cubierto de hielo; el Sena helado, como se había visto durante sesenta años, se habían puesto braceros en las calles, y en suma, habrá V. visto en los periódicos todo lo que aquí pasó. El invierno ha sido extraordinario, excepcional. Hemos visto un domingo Margarita, Aurelio y yo patinar a los parisienses sobre el Sena, y tomar cerveza y licores en puestos improvisados en medio del río. Los parisienses se divierten con todo.

Habíamos pasado, pues, los días más terribles pero quisimos escaparnos de los que faltaban, y creyendo que la temperatura sería, como era de suponerse, menos dura en Italia, fuimos allá a buscar refugio. Nos engañamos.

El camino desde París hasta la Provenza era pura nieve. El día que pasamos en Lyon, el termómetro marcaba 23° bajo cero. ¡Horror! Era la Siberia, era el Polo Norte. Pero aun así paseamos, envueltos en nuestras pieles y caminando en coche sobre el hielo que tenía medio metro de espesor. Si me hubieran dicho en México que podría soportar semejante frío, no lo hubiera creído. Pero nada nos pasó.

En Marsella, buen tiempo, pero todavía hielo. En Niza lo mismo. Por fin entramos en Italia: Génova, Pisa, fríos como París. En Roma también mucho frío, todas las montañas blancas, pero, al menos había cielo azul y buen sol. Allí permanecemos 13 días; en Nápoles, nuestra gran esperanza, también había nieve en las llanuras; los Apeninos, los Abruzzos, las Sierras de Calabria, el Vesubio mismo no eran más que masas blancas, de la cumbre a la base.

Pero no había más remedio, así tuvimos que pasear, que visitar todo, y no paramos. Volvimos

a Roma, de allí a Florencia, a Venecia donde estuve encantado y pasé hermosos días visitando todo lo que yo necesitaba para mi Atenea y para otras dos novelillas que voy a escribir, y luego a Verona, a Padua, a Milán, a Turín, y pasando por el Mont-Cenis, regresé a Francia. Traje dos libros llenos de notas. Compré algunas obras de arte, muchas curiosidades, y ahora estoy escribiendo los primeros capítulos de mi viaje a Italia que publicaré aquí.

Traté en Roma, en Nápoles, en Florencia y en Turín a varios hombres ilustres a quienes había conocido en el Congreso de Americanistas, y que me recibieron admirablemente, me hicieron miembro de varios círculos, y habría querido disponer de más tiempo para ver más y cultivar, el trato de literatos y poetas que son verdaderamente notables y a quienes apenas conocemos en México. Yo procuraré presentarlos en mis notas de viaje.

Habría yo querido tener algunos ejemplos del bello libro de V. sobre los poetas sudamericanos para darlos a los poquísimos pero inteligentes literatos que leen el español y a quienes hablé de esta obra de V. que les interesó. Porque ha de saber V. que a pesar del trato comercial de Italia con algunas Repúblicas sudamericanas, el movimiento literario de éstas es completamente desconocido, así como el nuestro, así como el de España. Y es que la lengua española a pesar de su semejanza con la italiana es ignorada allí, es decir, en Italia, donde no se habla ni en los hoteles, ni se cultiva por nadie, ni se enseña en las escuelas, siendo así que se enseñan el francés, el inglés, el alemán, el árabe y el griego moderno. Hasta los españoles o latino-americanos que viajan en Italia, se ven obligados a hablar italiano o francés. Esta



lengua sí es universal y con ella va uno por todas partes.

Mucho me sorprendió esta circunstancia. Yo suponía que en Italia comprenderían fácilmente el español. Nada de eso: Es como si hablara uno alguna lengua australiana o africana, del Africa bárbara.

Pensé que semejante desconocimiento del español solamente ocurría en París, donde tampoco lo conoce nadie, y no lo hablan ni los españoles y americanos que aquí residen y que se ven obligados a hablar francés, o a hablar entre ellos español, pues los franceses no lo comprenden, ni lo estiman.

En el Congreso de Americanistas donde se reunieron más de 400 sabios y literatos europeos, no encontré uno solo que comprendiese el español, ni que lo hablara, más que los cinco delegados españoles. Los delegados de América Latina éramos apenas diez, de modo que el número de los que comprendíamos español era muy reducido, de 15 personas. De los españoles los SS. De la Rada, Vitanova y Maresartu hablaron francés, y fueron comprendidos aunque su pronunciación era defectuosa. Los SS. D. Justo Zaragoza y Jiménez de la Espada hablaron en español y no los entendió ninguno, a no ser los quince susodichos. Todos los americanos tuvimos que hablar francés.

En los demás círculos científicos y literarios de París no hay nadie que hable español, y se encuentran muchos que hablen inglés, alemán, ruso, holandés, italiano, portugués, árabe y hasta japonés y chino. De manera que la pobre lengua española tan ensalzada por nosotros, es aquí casi desconocida. Esto da la explicación de por qué no se conoce nuestra literatura tampoco.

A propósito del Congreso de Americanistas, en el 90., que se celebrará en España el año próximo, creo yo que se hablará español porque será compuesto de españoles y de latinoamericanos, en su mayor parte. Los americanistas de otro origen que concurren asistirán por curiosidad, pero dudo mucho de que se hagan cargo de lo que allí se diga, y lo comprenderán hasta después, cuando se publique el tomo respectivo y puedan traducirlo con trabajo.

Me dirá V. que cómo son americanistas hombres que no comprenden la lengua española en que están escritas tantas obras sobre América, desde el siglo XVI. Responderé a V. que los principales estudios a que se consagran los sabios americanistas en Europa, y hoy en los EE. UU. de América versan sólo sobre la América pre-colombiana, y para ellos, hacen poco caso de los libros españoles que se creen inspirados en ideas falsas o que son producto de frailes ignorantes, fanáticos u obcecados por los principios de su tiempo, y que no podían servir de guía para las indagaciones de la ciencia moderna. Así es que sólo aprovechan las pinturas geroglíficas, algunas emprenden un trabajo de reconstrucción, pues no se fían en los conocimientos lingüísticos y filológicos de los frailes que más bien desnaturalizaban el carácter de los idiomas americanos. Así es que el trabajo de los americanistas es enteramente nuevo y crítico. La escuela es nueva; nosotros teníamos la rutinaria. Por lo demás, tal es la tendencia de los estudios históricos en general, y que ha sido tan fecunda, aplicada al Egipto, a Grecia, a Siria, a Roma, y aun a la Europa misma.

Para los americanos europeos más eminentes, los estudios que se refieren a la América post-



colombiana, no tienen interés, y dejan en ellos solos a los españoles que les dan mucha importancia. Los asuntos de la conquista, del gobierno colonial, de la influencia del cristianismo, del establecimiento de los europeos en nuestro suelo, y todo aquello que nos ha preocupado y aun entusiasmado a nosotros, los deja fríos a ellos. El conocimiento de nuestra geografía, de nuestra geología, de nuestra etnología, actuales, sí les interesa mucho así como el de la lingüística americana, pero tratada por los filólogos modernos o por los raros lexicógrafos que han recorrido en los últimos tiempos las regiones americanas. En suma y para sintetizar, el trabajo ahora no es de compilación, sino de reconstrucción y de crítica. En Francia, en Alemania, en Dinamarca, en Italia, en los Estados Unidos se establecen magníficos museos americanos y colecciones preciosas, pero de monumentos anteriores a la conquista —los geroglíficos, las pinturas, los menores objetos encontrados en las excavaciones, todo lo que se escapó de la barbarie de los conquistadores o al fanatismo destructor de los frailes, se recoge, se estudia, se estima altamente y se procura explicar, no según el sistema de los viejos cronistas españoles, sino bajo nuevos sistemas y a diversa luz. Se busca con ansiedad la solución de problemas étnicos e históricos hasta hoy oscuros. Se desea penetrar en el pasado misterioso de los pueblos americanos, ayudándose con los elementos que existen, con el estudio de las razas, de las lenguas, de los pocos vestigios monumentales, ya que desgraciadamente la destrucción sistemática que organizaron los españoles acabó con lo más importante que hubiera podido facilitar un estudio tan vasto y tan completo.

Ya ve V. que éste es un trabajo de Cuvier, de paciencia, de perseverancia y casi de adivinación, de todos modos obra de inducción difícilísima, pero que está dando ya buenos resultados.

Lo contrario pasa en España y en la América Latina con pocas excepciones. Allí se aceptan las consejas transmitidas por los cronistas del siglo XVI, forzadas muchas por ellos, y casi todas adversas a las razas de los antiguos pobladores, y sin tratar de reconstruir nada con la luz de la crítica científica y en presencia de elementos que pueden estudiarse más de cerca, se da preferencia a los estudios de la época colonial, es decir a la compilación de documentos de ese tiempo relativamente moderno, y de poco interés científico.

Dada esa tendencia no es aventurado presumir que el 9o. Congreso de Americanistas que se celebrará en España, y en que la mayoría de miembros se compondrá de españoles y de latinoamericanos, no aportará un gran contingente al dominio científico que han ido enriqueciendo los Congresos anteriores, y que es el principal objeto con que se fundaron. Se hablará mucho de Colón, de heroísmo de los conquistadores (ya sabemos nosotros a qué atenemos respecto del heroísmo de Cortés, de Alvarado, de Pizarro y de Nuño de Guzmán), se declamará con frases huecas acerca de los beneficios de la Conquista y acerca de la barbarie de los pueblos conquistadores, habrá una cascada, un diluvio de discursos y aun de versos, ditirambos frenéticos a Cristóbal Colón, declaraciones de amor maternal y fraternal a los pueblos libres de América después de que se les inundó en sangre en la guerra de Independencia, abrazos de los cándidos americanos a sus antiguos verdugos, banquetes, buenos vinos de España, se prodigarán



crucés de Isabel la Católica, etc., etc., etc., pero dudo mucho de que se presenten estudios serios acerca de la América antigua, y con la independencia que la historia exige.

En suma, como es el centenario de Colón a Colón se reducirá todo, será una fiesta a Colón y no un Congreso de Americanistas. Y esto a pesar de lo prescrito en el programa, que conocerá V. ya y que no es más que una copia exacta del programa de nuestro Congreso de París. Para el caso este programa no es más que una fórmula.

A propósito, veo en los periódicos de México que Pepe Vigil va a escribir una especie de revista del movimiento literario en nuestro país, y Casimiro Collado y Roa Bárcena una antología para presentar esas dos obras en el centenario, como un homenaje. . . ¿A qué o a quién? ¿A la memoria de Colón? Yo creo que será más bien a España, a la España fanática, a la que aborrece nuestras libertades. ¡Ya veo esas dos obras! La primera sólo hablará de la literatura grata a España; la segunda contendrá una colección escogida, los buenos, los únicos, desde Alemán hasta Sánchez Santos, Ramírez, modelo en todo, no estará allí, ni el Pensador, ni Zavala, ni Mora, ni Ocampo ni ningún liberal. ¿Cree V. que lo siento? Ni brizna; al contrario, me alegro infinito. Mi venerado maestro no merece semejante humillación, él



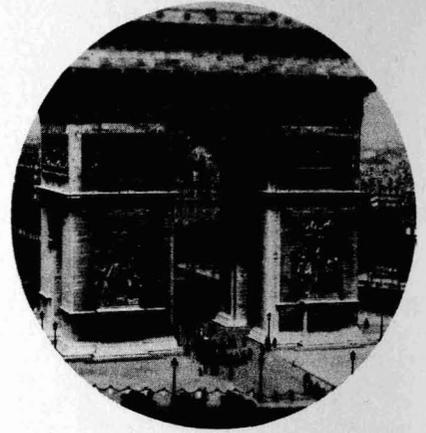
que detestaba a los españoles y que no quería, con justicia, a Colón porque lo reputaba un negrero, una especie de negrero, el vendedor de indios de las Antillas, a pesar de haber descubierto por casualidad el Nuevo Mundo, que él murió creyendo que era el Antiguuo.

Ahora, si en esa antología han de figurar escritores contemporáneos, lo cual no creo ni entra en el sistema de esos señores, temo mucho que no se escapen ni V. por sus amistades con ellos, ni Justo por sus ligas, y lo sentiré.

Por mi parte estoy tranquilo, primero porque sinceramente convengo en que no valgo nada y luego porque estoy seguro de la aversión de esos señores y de sus compañeros que les hace decir en todos los tonos posibles: que ni siquiera hablo español, en lo que estoy plenamente de acuerdo con ellos. Lo que deploro es haber aprendido esa lengua desde mi juventud, en vez de haber aprendido otra que me fuera más simpática.

A otra cosa. La navidad está ya impresa y encuadernándose. La dedicatoria es más cariñosa que la primera y contiene la historia del encierro para escribir ese librito. Es el primero que publico aquí, y ése es de V. No vale nada el homenaje, pero sale del corazón.

La muerte de la pobre Fanny nos ha causado un dolor inmenso. Margarita la ha llorado mucho. Yo cuando recibí el telegrama de Joaquín sentí una pena que me oprimió el corazón. Fanny era una mujer de oro. Cualesquiera que hallan sido sus defectos por su educación de artista, por su carácter irlandés, aunque nació en Inglaterra, por todo eso que constituye la apariencia social, era noble, generosa, incapaz de hacer mal; tenía gran corazón. Yo la quería mucho, porque yo quiero a



mis amigos sin beneficio de inventario, es decir, con sus cualidades, sus defectos, sus errores y todo el cortejo de la naturaleza humana. Los quiero, mi afecto es la medida, no busco más. Cuando la amistad no es así, no vale tres caracoles.

La sociedad mexicana, como V. dice muy bien, ha sido excepcional, con respecto a Fanny, y ha honrado su memoria, como era debido.

Me inquieta lo que me dice V. de Guillermo Prieto. El me escribe con frecuencia. Quiera el cielo conservarlo el mayor tiempo posible, para honra de la poesía nacional. Deseo abrazarlo y hablar con él, a mi regreso.

Me alegra lo que me dice V. de mi discípulo González Obregón, cuyos artículos leo con vivo interés siempre. Es un erudito cuyas obras son útiles a nuestra historia. Aquí ya habrían llovido sobre él los elogios y la distinciones de la prensa. Sigue buen camino, ya lo creo. Hace la historia de la ciudad de México, que es casi desconocida. Hay por los menos cincuenta historias de París que estoy coleccionando, y no acabo. No hay más que tres de México, y eso compendiosas. La suya será la mejor.

Pero lo demás, los muchachos de mi Liceo se están luciendo. ¿No es verdad? Campito escribe a veces como Daudet, a veces como Zola. Es un perspicaz y un observador. Fernández Granados, Bustillos hacen magníficos versos. Los demás se lucen en los ramos que cultivan. Son muchachos de gran porvenir y los viejos debemos estimularlos. No los abandone V.

Supe por los periódicos la renuncia del señor Pacheco, y la atribuí a los motivos que indica en su oficio, por falta de datos para juzgar. Acabo

de recibir carta suya en que me habla de otros particulares. Ya le contesto.

Siento su separación a pesar de que tengo la convicción de que no me quería, quizás por influencia de su círculo, y no por otra cosa. V. sabe que me alboroté como un chico para ver la Exposición de París, que como nunca lo había hecho en mi vida, fui a pedirle que me enviara con alguna comisión, la más humilde. Que me lo prometió, en presencia del Gral. Rocha. Esto fue desde principios de 1888. Consentí, y él me olvidó, prefiriendo enviar a una multitud que vino a pasearse. De modo que si no ha sido por el Presidente, que me nombró Cónsul sin mediación de nadie, yo no habría venido a Europa nunca. Pero no tengo rencor al señor Pacheco, y siento su separación.

Lo que he dicho de la antología y de los españoles no quita que yo quiera a Casimiro Collado, que le agradezca sus recuerdos y que los retorne. La oposición de ideas religiosas y literarias o políticas no importa para la amistad. Yo tengo aquí amigos monarquistas y clericales feroces, que me visitan y me estiman, así como yo.

Ya ve V., querido Pancho, que le escribo no una carta, sino un volumen de confidencias íntimas.

Margarita saluda a V., lo mismo que Aurelio y yo le envió la expresión de mi invariable amistad.

Ignacio M. Altamirano

Ayer recibí bajo su cubierta unas hojas del Perú Ilustrado en que está un bosquejo biográfico mío. Mil gracias.

Perdone V. los borriones y la letra apretada. Escribo de prisa. Es una conversación desordenada frente a la mesa de V.



París, julio 3 de 1891.

Muy querido Pancho:

Acompaño a V. un artículo publicado antier por el Petit Journal sobre Hidalgo. Ignoro quién es el autor, pero me propongo indagarlo para darle las gracias y darle como mejores datos las biografías que hemos escrito V. y yo. Los ataques de los periódicos de París que no conozco, a la disposición del Ayuntamiento para dar el nombre de nuestro padre a una de las calles nuevas de París, confirmarán a V. lo que le he dicho. No nos conocen, nos ignoran completamente. Además, el infame Alemán tiene la culpa de que el glorioso nombre de Hidalgo se haya oscurecido en Europa.

Escriba V. sobre esto. Yo por mi carácter no puedo hacerlo, como quisiera, pero V. hable con entera libertad. Yo haré traducir su artículo y publicarlo. ¡Qué ignorancia acerca de nuestra historia! ¡Y nosotros conocemos hasta a los hombres más medianos de Francia!

Así son en todo.

Más tarde le escribiré. Por ahora le mando un tomo sin encuadernar todavía de la Navidad para que vea V. cómo salió.

Margarita buena. Lo saluda, lo mismo que Aurelio. Yo lo abrazo cordialmente.

Ignacio M. Altamirano

París abril 15 de 1892.

Muy amada hija mía Cata:¹

Tu carta escrita con lápiz en tu cama me ha causado inmenso placer porque veo que ya estás buena, que ya se acabó la crisis de ese cuarto alumbramiento, cuya expectativa me tenía con inquietud.

Ya nos figuramos a Margarita² —rubia, sonrosada quietecita— que ya sonríe, apacible linda y que se parecerá a Héctor.³

La besamos desde aquí, y cuando yo me paseo en mi saloncito, pensativo y callado, es que pienso en ella, es decir, que la veo y la acaricio como en sueños ¡cómo voy a encantarme con esos pelones!

Me alegro que mi carta te haya hecho bien ¡Te deseo tanta felicidad!

Dentro de ocho días estaremos ya en nuestra nueva casa —no. 10 Calle de Montholon, a un paso de aquí y cerca, en frente del jardín Montholon que hoy está cubierto de verdura y de flores. Es una casa más grande y más bonita que la que hemos ocupado aquí cerca de dos años. Tiene una pequeña ante sala, mi gabinete de estudio, salón comedor, dos recámaras, gabinete de tocador —cocina muy amplia, recámara de Aurelio⁴ —Water-closet— dos cuartos para las criadas en el 6o. piso como es costumbre y una cava para los vinos.

La casa está en el primer piso del edificio que está en el ángulo formado por las calles de Lafayette y de Montholon. La entrada se halla en esta calle. Dan a ella la antesala, mi estudio, el cuarto de Aurelio y la cocina y tienen mucha luz de

(Memorias de la Academia Mexicana, correspondiente de la española (Discursos Académicos) T. XVII, México, 1960, pp. 263-79.)

1 Catalina Altamirano de Casasús.

2 Margarita Casasús de Sierra.

3 Héctor Casasús.

4 Aurelio Pérez Gavilán (cuñado de Altamirano).



oriente. El salón que está en el ángulo da a la plaza de Montholon donde está el jardín y su gran ventana de frente, tiene hermosa vista desde la que se descubre toda la calle de Lafayette hasta el gran teatro de la Opera. El salón tiene otras dos ventanas que dan a la calle de Lafayette. El comedor, las dos recámaras nuestras, de las cuales una ocupamos muy amplia, y otra está desocupada, así como el gabinete de tocador, dan a la calle de Lafayette y reciben luz también al mediodía y en la tarde. La casa tiene catorce ventanas. Nunca hemos tenido una casa con tantas ventanas. La que tenemos hasta ahora tiene cinco que dan a la calle de Lafayette y tres que dan a patios interiores.

Me cuesta al año 4 500 francos, es decir que me sale al mes por setenta y cinco pesos. En México no hubiera yo encontrado una igual por esa renta. La han empapelado de nuevo y pintado, y está preciosa.

Por la que teníamos pagaba yo cincuenta y cuatro, pero es incómoda y pequeña, y no tenía yo ni dónde poner mis libros. Debía haberme mudado ayer pero he dejado que se seque bien, y la dueña de la que ocupo aún, es muy buena, y me quiere, me ha permitido estar ocho días más sin pagar nada. He sido muy buen inquilino y siente mi separación.

Me alegro que la tonta de Lupe⁵ haya comprendido que debe ser seria con Juanito.⁶ Ya conoces mi carácter y esto me satisface. Juanito no tiene bien formado el corazón.

Cuídate aún; recibe los besos de Margarita⁷ que te escribirá próximamente. Dáselos a los chiquitos y tú recibe el corazón de tu padre.

Hoy es viernes santo, pero aquí no se celebra como en México. Sin embargo hay conciertos de música sagrada —mucha gente en las iglesias. Nosotros vamos a dar un paseo.

(Carta inédita, propiedad de Catalina Sierra.
Reproducción facsimilar en la p. 50)

5 Guadalupe Altamirano de Sánchez Ascona.

6 Juan Sánchez Ascona.

7 Margarita Pérez Gavilán de Altamirano.

El maestro de escuela

Advertencia

A Enrique González Casanova

En 1871, Altamirano escribió, entre otras, dos obras: *La navidad en las montañas* y *El maestro de escuela*. En la primera, de los que parecen ser los cuatro poderes redentores de liberalismo: el maestro de escuela, el cura, el médico y el alcalde, Altamirano destaca al cura un 24 de diciembre, en cuya noche una sombra sagrada, dice, cae sobre el mundo. El cura, un cura histórico como lo afirma el autor en la nota final de la sexta parte, aplica en su aldea el programa del Partido Liberal: impide la idolatría, suprime las obvenciones, vive de su trabajo, implanta nuevas labores, renuncia a la casa que el pueblo le destinaba, para dársela al maestro, predica el amor y él mismo, sin alarde ninguno, afirma que los aldeanos lo aman como a uno de sus hermanos. Entre lágrimas, el personaje que narra los sucesos y con el cual se identifica Altamirano, exclama: "No creía yo que existiera un solo sacerdote así en México; jamás he oído hablar a un hombre de sotana o de hábito, como usted acaba de hacerlo... ¡Oh, señor! yo soy lo que el clero llama un hereje, un impío, un sansculote, pero yo le digo a usted, en presencia de Dios, que respeto las verdaderas virtudes cristianas, como jamás las ha respetado fanático o sayón reaccionario alguno. Así, venero la religión de Jesucristo, como usted la practica, es decir, como él la enseñó, y no como la practican en todas partes. ¡Bendita navidad esta que me reservaba la mayor dicha de mi vida, y es la de haber encontrado a un discípulo del sublime Maestro, cuya venida al mundo se celebra hoy!" El cura explica cómo entiende su misión: "...debo invocar la religión de Jesús como causa, para tener la civilización y la virtud como resultado preciso..." "¡Usted, es un demócrata verdadero!"

Quien narra los episodios de *La navidad en las montañas*, es un capitán del ejército y el propio Altamirano, que se dirigía a San Luis Potosí en busca del gobierno nacional, *El maestro de escuela*. Los personajes de las dos obras son los mismos: el cura, el alcalde, el maestro y un liberal; las diferencias de ambas, ostensibles: en *La navidad en las montañas*, el paisaje es hermoso, idílico; en *El maestro de escuela*, no se describe; el pueblo, en la novela, es alegre,

trabajador, feliz; en el relato, triste y agobiado; los personajes de *La navidad* son optimistas, confiados; los de la narración, melancólicos y abrumados. Los curas de las dos obras son también distintos: en la novela, un misionero del Evangelio; procurador de justicia y fraternidad; en la relación, un promotor de desdichas; en la novela, amigo del maestro; en el relato, su perseguidor implacable; en *La navidad en las montañas*, es, aparentemente, ajeno a la política; en verdad, un ferviente liberal; en la narración, un conservador partidario del "imperio", obediente al afán de dominio temporal de la Iglesia; en la novela, en fin, un misionero redivido del siglo XVI; en el relato, un hombre que divulga el "evangelio chiquito", para plegarse al poder dominante; en la novela aparece un cura despojado de apetitos, severo consigo mismo; en la narración los pecados capitales pasan incansables por la frente del cura.

Podría tratarse de dos personajes distintos; mas lo que en la novela es un episodio dulcemente evocado, un alegato de concordia, a fuerza de discursos y lágrimas es una ficción que presenta la realidad como el escritor desearía que fuera; como una argumentación a través de los personajes. En el relato, por lo contrario, Altamirano llega a un pueblo —acaso del estado de Guerrero— y al entrar en él también lo hace el lector; no hay distorsión alguna entre la imagen creada y la realidad. La creación de ésta fluye en las palabras. En la novela hay un desprendimiento de lo real sin que la imaginación cree un mundo propio. En el relato, los diálogos con el cura, las figuras del alcalde y las mujeres, la mesa abundante y la confrontación de las opiniones políticas de Altamirano con las del sacerdote, partes de una imagen dominante: la pobreza y el sometimiento del maestro. Párrafo tras párrafo, Altamirano descubre al lector una realidad enajenada a un hombre por fuerzas desencadenadas contra su libertad. No hay, en la relación, ningún recurso ajeno a la verdadera literatura; no se advierte, tampoco, la intención de embellecer una experiencia sino de comunicarla.

Lo que en *La navidad en las montañas* es como una imagen salobre por las lágrimas, en la relación es la realidad



misma. Lo que Altamirano se propuso en su novela, está plenamente logrado en su relato al contar un suceso como quizá no aconteció nunca, sino como él logró imitarlo en un estilo diáfano, sin concesión alguna.

No pocos problemas plantean estas dos obras: el afán del liberalismo mexicano de ser intérprete del cristianismo; de fundar la democracia en el Evangelio; de confinar al sacerdote al templo para compartir con él la dirección espiritual del pueblo; de conciliar el espíritu cristiano con la economía burguesa; todo ello aparece en *La navidad en las montañas* al punto de ser un breve tratado de esa tentativa del liberalismo; un testimonio de la lucha librada en la conciencia de los reformadores; pero también ejemplifica una de las causas por las que nuestra literatura no ha creado una ficción que conduzca al conocimiento de lo real. La novela y la crónica de Altamirano permiten advertir uno de los móviles que han hecho de nuestras letras un muestrario de abstracciones. En

la relación, la discusión con el cura aparece en sus términos históricos; por sobre los puntos divergentes se advierte que la lucha liberal, más allá del transitorio dominio de una clase, se libraba por la independencia del país y este planteamiento obligaba al escritor Altamirano a no desviar la pluma. A expensas de la política, surge la imagen verídica de una aldea. En *La Navidad*, son los personajes intérpretes involuntarios de una idea; de allí que, con la sola autenticidad del paisaje, sean los dialogantes de una utopía cuyos antecedentes habría que buscar en la fábula de Tomás Moro, acaso en esta dicotomía del Altamirano escritor, pueden seguirse las huellas que permitan examinar las causas de la debilidad de la ficción mexicana hasta hace pocos años; del porqué uno es el Zarco de los artículos y otro el de las páginas literarias; uno el Luis Cabrera de las páginas políticas y otro el Lucas Rivera, declamatorio; de las causas, en fin, por las que nuestros escritores crearon la realidad en sus letras políticas y se apartaron de ella en las que procuraron desentrañarla.



El maestro de escuela

I

A fines del año de 1863 me dirigía a la ciudad de San Luis Potosí, donde estaba a la sazón el gobierno de la República. La diputación permanente había convocado al Congreso de la Unión, y yo en mi calidad de diputado, acudía al llamamiento desde el fondo del Sur, en que me hallaba.¹

Para no tocar puntos ocupados por los invasores, tuve que dar rodeos larguísimos, y en uno de éstos, atravesando un Estado de cuyo nombre no quiero acordarme, llegué un día a un pueblo de indígenas, bastante numeroso.

El alcalde del lugar, deseando proporcionarme un rato de conversación agradable, vino a buscarme a mi alojamiento, en unión del cura y éste me invitó pasar a su casa para presentarme a su familia, ver sus libros y hablar conmigo acerca de las cosas políticas.

Era el cura un sujeto parecido en lo moral a todos los de su especie; pero en lo físico, era robusto, de mediana talla, regordete, colorado y de carácter alegre y decidor.

Llegamos al curato, que era evidentemente la mejor casa del pueblo, y que ofrecía todas las comodidades apetecibles, que en vano se habrían buscado en las casas pobres de los indígenas.

Grandes y decentes departamentos, un gran patio con jardín y agua, caballerizas, pesebres, en donde el digno eclesiástico encerraba sus vacas y borregos, que eran muchos, gran cocina donde trabajaba una crecida servidumbre de molenderas, cocineras, galopinas y topiles,² la cual servidumbre era dada por el pueblo, según las costumbres tradicionales. Por último, el señor cura me enseñó sus piezas que eran tres: la despensa donde además de otra cosa, había un rico surtido de vinos extranjeros y del país, el oratorio donde tenía una virgencita en un altar coqueto, y su despacho donde había un estante con algunos libros vulgares de teología moral. Historia eclesiástica. Cánones y sermones juntamente con algunas de las más bonitas novelas de Pablo Kock, que él se apresuró a ocultarme cuando iba yo a examinarlas. Además allí estaba la mesa con su carpeta verde, sus tinteros, sus papeles y cuadernos de badana roja, su crucifijo de metal

y su breviario negro. En las paredes había colgados algunos cuadros de santos y una gran disciplina de alambres con la cual (suponían los feligreses) que el buen curita se mortificaba en el silencio de la noche.

—He aquí, me dijo, el lugar donde paso algunas horas entregado al estudio, cuando me lo permiten las constantes y arduas fatigas de mi penoso ministerio. ¡Ay, amigo mío! ¡y qué rudo es el trabajo de un pastor de almas, particularmente en estos pueblos! Y sobre todo, ¡qué vida! Pero tome usted asiento; que voy a ofrecerle a usted una copita de algo; ¿qué quiere ud? me veo obligado a tener siempre un surtido de algunas cosas indispensables para hacer más agradable la vida, y para poder obsequiar a los que pasan por aquí. Luego presentaré a ud. a las únicas personas que me acompañan en este destierro, y que me asisten en mis enfermedades y me consuelan en mis cuitas.

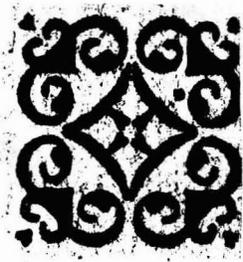
El cura fue a su bodega y volvió con una botella de cognac viejo, y otra de rico jerez que se apresuró a destapar. Un momento después se presentó una criada joven, graciosísima, de ojos bailadores y de dientes de perlas, vestida con sus enaguas de muselina, su camisa de olanes, y la correspondiente mascada de la India cruzada sobre el pecho. Esta criadita traía copas, vasos de agua, y un frasco de oloroso barro, todo lo cual depositó en la mesa, y aguardó con los ojos bajos las órdenes del ministro del Señor.

Este le dijo:

—Oye, Paulina, deja eso allí y vete a decir a Da. Lucasita y a Da. Teresita, que vengan que voy a presentarles a un señor diputado que ha venido por acá de transeúnte, y que desea conocerlas: corre, mi alma, vete.

La criadita salió, y apenas el cura había servido tres copas, para él, para el alcalde, y para mí, cuando aparecieron dos hermosas muchachas morenas, de ojos negros y grandes, lindas como un sol, y ligeras como corzas. Una de ellas se hallaba en estado interesante. La otra parecía más joven, y tenía un semblante tan bonito como picaresco.

—Aquí tiene ud, señor diputado, me dijo, a estas caras prendas de mi alma, a estos tesoros de virtud que tienen la resignación de hacerme compañía en este destierro. Son dos sobrinas mías, hijas de una hermana que murió hace tiempo.



Esta, añadió, señalando a la mayor que tenía preciosos lunarcitos en la barba, es casada; pero su marido anda en la campaña, y la pobrecita no ha tenido más refugio que yo, que la he recogido con sus dos chiquitos y el que está por venir. Vamos, no te ruborices tonta, que eso es muy cierto, y no tiene nada de particular.

¡Pobre Lucesita! es un ángel, véala ud.

Esta otra, es Teresita su hermana, inocente como una paloma, y que comulga todos los días. El Señor la ha puesto en mis manos para salvarla de los peligros a que su hermosura y su candor la exponían en este mundo pícaro en que iba a quedar abandonada.

Las muchachas estaban coloradas como amapolas, y decían tartamudeando:

¡Ah qué padre! ¡Jesús! . . . ¡qué vergüenza!

Yo, en unión del gravadoso alcalde indígena, bebía a su salud y el curita les pasó su copa para que probaran el jerez, lo que ellas hicieron mortificadas. Pero tranquilizándose a poco, sentáronse, y el cura, llamando a un topile, le mando que fuera a decir al preceptor que cerrara la escuela y se viniese a acompañar a las niñas con la guitarra.

—Cantan estas niñas, señor, cantan y tienen una voz no meleja; sólo que no saben acompañarse, y es preciso que el maestro de escuela, que es un infeliz que no sabe nada, pero que rasga un poco la guitarra, las acompañe.

—Pero, padre, exclamaron las chicas, ¿qué va a decir el señor de nosotras? El, que ha estado en México, que habrá oído cosas tan buenas, y ¡ahora ud. quiere que le cantemos, y precisamente cuando tenemos catarro! . . . ¡ha hecho un frío! . . .

Yo dije lo que dice cualquier tonto en casos semejantes, y ellas, cada vez más animadas, comenzaron a hacerme preguntas sobre México, en donde nunca habían estado; distinguiéndose por su curiosidad la que comulgaba diariamente. Las copitas de jerez se menudearon, la conversación se animó, el curita, que era bellaquísimo, salpicó la platica con algunas chanzonetas dirigidas a sus sobrinas, a fin, manifestaba, de que dejaran su timidez y fueran aprendiendo a tratar con las gentes civilizadas, y hasta el alcalde, que había guardado un respetuoso silen-

cio y permanecía encogido en una silla, con la enorme vara de la justicia en las manos, se atrevió a decir no sé qué brutalidad.

En esto oímos la gritería de los muchachos, que esclamando en coro: ¡Ave María Purísima! salían de la escuela, dispersándose a carrera abierta por la placita y por las calles.

A poco llegó el maestro de escuela, con el sombrero quitado y cruzando los brazos humildemente.

II

Al ver este hombre se me oprimió el corazón. Parecía la imagen de la tristeza y de la angustia, en medio de aquella reunión alegre.

Era el maestro un hombre como de cuarenta años, flaco, moreno, de ojos hundidos pero inteligentes, miserablemente vestido y trémulo.

—Buenas tardes, señor cura; buenas tardes niñas, buenas tardes, señor alcalde, dijo, y después de este triple saludo, apenas pudo dirigirme una mirada de extrañeza.

—Buenas tardes, D. José María, respondió el eclesiástico; vamos hombre, hoy lo libertamos a ud. del trabajo, y acompañará ud. con la vihuela a las niñas, para que las oiga cantar este señor, que es un diputado que va a San Luis Potosí. Pero tome ud. antes esta copita, es un vino muy bueno que quizá no habrá usted probado nunca.

El maestro se negó humildemente.

—Pero ¿por qué, hombre? vamos: no sea usted tonto.

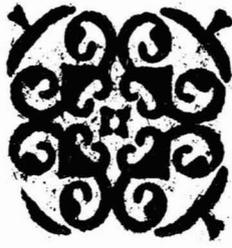
—Señor, repuso el infeliz, tengo miedo de que me trastorne la cabeza; no he comido.

—¿No ha comido usted? ¿tan tarde? Pero habrá usted almorzado. . .

—Tampoco, señor cura; aquí está el señor alcalde que puede decírselo a usted; no pudo darme nada, y mi familia tampoco pudo conseguir; nadie quiere prestarnos en el pueblo. . . ¡debemos ya tanto. . . que no nos es posible conseguir ni un grano de maíz!

—Bien, bien, hombre, dijo el cura medio corrido, basta; pero, ¿por qué no me ha dicho usted nada o a las niñas?

—Señor, estaba usted fuera, y yo me atreví a pedir a la



niña doña Teresita, pero me dijo que no le era posible, ni a doña Lucesita, que estaba usted muy pobre, y. . .

—¡ Ah qué don José María! exclamó la comulgadora; con lo que va saliendo. . . ¿qué dirá el señor?

—Pero, señor, alcalde, ¿no es posible que este hombre tenga su sueldo pagado cumplidamente? preguntó el cura medio enojado.

—Señor cura, respondió el alcalde levantándose, había ya un poquito de dinerito del pueblo, pero su mercé mandó que lo diéramos para la función del martes, y no quedó nada, señor cura, nada.

—Bah! bah! siempre salen ustedes con eso. Es preciso conocer a estos indios, señor diputado (el cura se permitía olvidar que yo era indio también) para saber a qué atenerse. Son más agarrados! . . . siempre están llorándose pobres, y por una bicoca que dan a la Iglesia y a sus pobres ministros, ya tienen disculpa para faltar a sus otros deberes. A este pobre maestro lo matan de hambre verdaderamente, porque figúrese usted; tiene su mujer, cuatro hijos, una madre vieja, y no cuenta con más sueldo que quince pesos al mes! También es una barbaridad meterse así a maestro de escuela; un hombre que tiene tanta familia, debe tomar otro oficio, y procurarse un modo de vivir mejor. Sobre todo, que dejen a estos indios, que ni quieren aprender nada, ni pagar a sus preceptores, ni aprovechar tampoco. Vea usted, hace más de cuarenta años que están pagando una escuela, y ninguno de ellos sabe leer.

—¿Y cuántos habitantes tiene este pueblo? pregunté.

—Tendrá unos tres mil,³ con las cuadrillas cercanas, contestó el cura.

—Es grande, dije.

—Sí, señor, es grande, añadió el preceptor; concurren a la escuela regularmente de doscientos a trescientos niños.

—Un número bastante crecido! y ¿aprenden a leer y a escribir?

—A leer, muy poco, sólo los que tienen Silabarios y Catones, a escribir menos, porque como no me dan papel, ni tinta, ni plumas, nada puedo hacer; a los demás les enseño sólo el Catecismo del Padre Ripalda.

—Con eso es más que suficiente, interrumpió el cura. Estos son unos animales, que ni aprenden bien, ni sacan provecho de la lectura, ni de la escritura.

—Sin embargo, señor, dijo el maestro, tienen muy

buenas disposiciones, hay algunos niños muy vivos y que aprenden pronto; pero como no hay libros.

—En fin, tenga usted, don José María, ese peso, vaya usted a dar el gasto y a comer, y luego viene usted acá. Señor alcalde, usted me pagará después este dinero.

El maestro recibió su moneda y se fue corriendo a su casa. El cura quedó taciturno y colérico, el alcalde lo miraba con temor, y tenía ganas de retirarse.

Yo puse fin a esa situación embarazosa, llamando a uno de mis mozos, muchacho alegre y que tocaba bastante bien el arpa y la guitarra, que cantaba malagueñas y zambas, con mucho sentido, y cuyos talentos musicales dieron asunto a Riva Palacio más de una vez para sus romances de costumbre.

Mi mozo se apresuró a obedecer, templó la guitarra y acompañó a Lucesita y a Teresita, que olvidando el incidente desagradable del maestro, se pusieron a cantar con voz fresca, aunque un poco afectada como hacen generalmente las payitas, una multitud de canciones cuyos versos se encarga la casa de Murguía de relacionar cada año, y de dispersar por toda la República, por conducto de los mercaderes ambulantes de mercería.

Así cantando y tomando copas de jerez, nos estuvimos, hasta que en el campanario del pueblo sonaron las oraciones, que consisten generalmente, primero en siete campanadas, y luego en un repique que ensordece.

Entonces comenzaron a brillar las luces en todo el pueblo. Paulita, la criada, trajo dos velas encendidas que puso sobre la mesa, rezando la consabida fórmula: Alabado sea el Santísimo, etc., los cantos se interrumpieron por un instante, porque el señor cura rezó la Salutación, acompañándolo las muchachas y el alcalde, después de lo cual la conversación volvió a animarse.

A poco llegó la hora de cenar: Lucesita y Teresita fueron a disponer la mesa; el cura me invitó, yo acepté solamente el dulce, porque había comido tarde, y el alcalde fue a dar una vuelta a la cocina, para ver en qué era útil.

III

Pasamos al comedor y tomamos asiento. El cura se acomodó junto a Lucesita, yo tuve el gusto de ver a mi lado



a Teresita y al otro al niño más grande de Lucesita, que se parecía muchísimo al digno sacerdote, cosa nada extraña, puesto que eran parientes. En cuanto al niño más chico, Lucesita dijo que estaba ya durmiendo.

—¡Pobres huerfanitos! dijo el cura, acariciando al que se hallaba en la mesa. ¿Qué sería de ellos sin mí?

Describir la cena, es inútil. Se sabe en México y en todos los países católicos, lo que es una comida de cura. Suculentos asados de carnero y de gallina, estofados, chiles rellenos, pescados de río, magníficas legumbres, ensaladas, queso olorosísimo, y en cuanto a frutas, más de las que tomamos en México en Diciembre; jícamas, plátanos, naranjas, chirimoyas, higos y nueces. Después dos o tres dulces de leche y de frutas.

El digno alcalde había estado trayendo las fuentes con los manjares, en unión de los topiles, así como las tortillas calientes que gustaban mucho al señor cura.

Se me había olvidado que el pobre maestro que había llegado al principiarse la cena, se mantenía acurrucado en un rincón fijando sus ojos tristes en aquel opulento festín, con que el cura se regalaba diariamente; mientras que él, sus hijitos, su mujer y madre, enflaquecidos, apenas podían llevar a la boca una tortilla y un poco de arroz o frijoles.

Luego, cuando el cura después de comer, de saborear el café con su copa de cognac y de encender su puro, se puso expansivo y alegre, invitó a tomar dulce al pobre maestro, el cual rehusó con timidez.

Yo comprendí que entre el eclesiástico y el preceptor no reinaba la mejor armonía, y lo atribuí naturalmente a ese dominio tiránico que el cura quería ejercer y ejercía en efecto, sobre el pobre diablo.

Las chicas se retiraron un momento, y entonces quedamos solos, el cura, el maestro y yo, en la mesa. Entonces el eclesiástico comenzó a hablar de política.

—A todo esto, dijo, y por el deseo que tenía yo de distraer a ud., señor diputado, me había olvidado de preguntarle, ¿qué hay de nuevo?

Yo respondí entonces lo que sabía; díjeles cómo el ejército francés, según informes, habiendo concluido ya la mala estación, comenzaba a moverse para salir del centro a los Estados;⁴ le comuniqué las noticias que tenía acerca de nuestras tropas del interior, acerca de nuestro gobierno residente en San Luis, le hablé indigna-

do de las bajezas que cometían los malos mexicanos que ayudaban a los franceses en su obra inicua de invasión y piratería, dije pestes a los bribones de la Regencia, sin contenerme porque uno de ellos fuera arzobispo,⁵ hablé de la resolución incontrastable que teníamos los republicanos de luchar sin descanso en defensa de la Patria, dije en fin, todo lo que había que decir en aquellos instantes y con la fogosidad propia de mi carácter. El maestro me escuchaba satisfecho y conmovido.

Pero el cura, arrojando a bocanadas el humo de su puro, sonriendo con incredulidad y moviendo la cabeza me dijo con lentitud de aplomo.

—Señor diputado, ud. parece de genio fogoso: es ud. joven y no tiene experiencia, ni ve las cosas a sangre fría. Ud., además, profesa ideas exaltadas, y es natural que sus sentimientos se sobrepongan hoy a la voz poderosa de la razón. Yo veo las cosas de otro modo. ¿Se incomodará ud. si le digo mi modo de pensar?

—De ningún modo, ud. puede decir lo que guste; pero yo conoce mis ideas respecto de patriotismo.

—Sí; pero me permitirá ud. decirle que es un patriotismo indiscreto. De todo lo que ud. me ha dicho, y de todo lo que sé, deduzco lo siguiente. Ustedes están perdidos, la República acabó ya; D. Benito Juárez va retirándose a la frontera, ya se dará de santos con no caer en manos de los franceses; las tropas de udes. están desmoralizadas, mientras que las francesas y las auxiliares de aquí están orgullosas con sus triunfos. Ud. ve qué recibimientos les hacen los pueblos; los señores regentes se manejan con prudencia; y el monarca elegido, éste príncipe heredero de cien reyes, y que, según sabemos, es amable y de grandes talentos, es esperado con ansia. Yo creo que la monarquía está ya fundada en México; y vea ud.: yo tengo la convicción de que ella hará la felicidad de nuestra patria, que se acabarán las revoluciones, y sobre todo, imperará otra vez con toda su grandeza nuestra santa religión! . . . Porque, convenga ud, amigo mío, convenga en que udes. los liberales han atacado las tradiciones, han querido minar el edificio religioso, han lastimado la piedad de los fieles, han herido a la Santa Iglesia Católica, la han despojado de sus sagrados bienes (que el emperador, estoy seguro, sabrá devolver), y, en fin, han establecido la tolerancia de cultos en este país donde sólo había dominado la fe católica, apostólica y romana.



De modo que udes. lucharán; pero en primer lugar, nada podrán hacer contra los franceses, que son los primeros soldados del mundo, los que no tienen rival y están acostumbrados a presentarse y vencer. En segundo lugar, los Estados- Unidos, que podían ayudar a ustedes, están acabando también, y ¡ojalá que se los lleve Satanás! Esa guerra civil que hoy los devora, va a acabar con su mentida riqueza que no es más que mentira y farsa, como todo aquello que no se funda en la verdadera religión. No tienen ustedes remedio; y si usted quisiera escuchar un consejo, porque me ha simpatizado usted, le diré que no se meta en nada, que se vuelva para su tierra, y que no se exponga. Mire usted, continuó sacando una cartera; yo en nada me mezclo, y me limito a mis funciones de pastor de almas; pero tengo cartas de México, de preladados repetables y que no se engañan nunca. Ellos me aseguran que dentro de un mes, todo esto se hallará en poder de los franceses, y esperan en la Bondad Divina, que la paz se restablecerá, cuando menos, a mediados del año entrante, época en que llegará el mo-

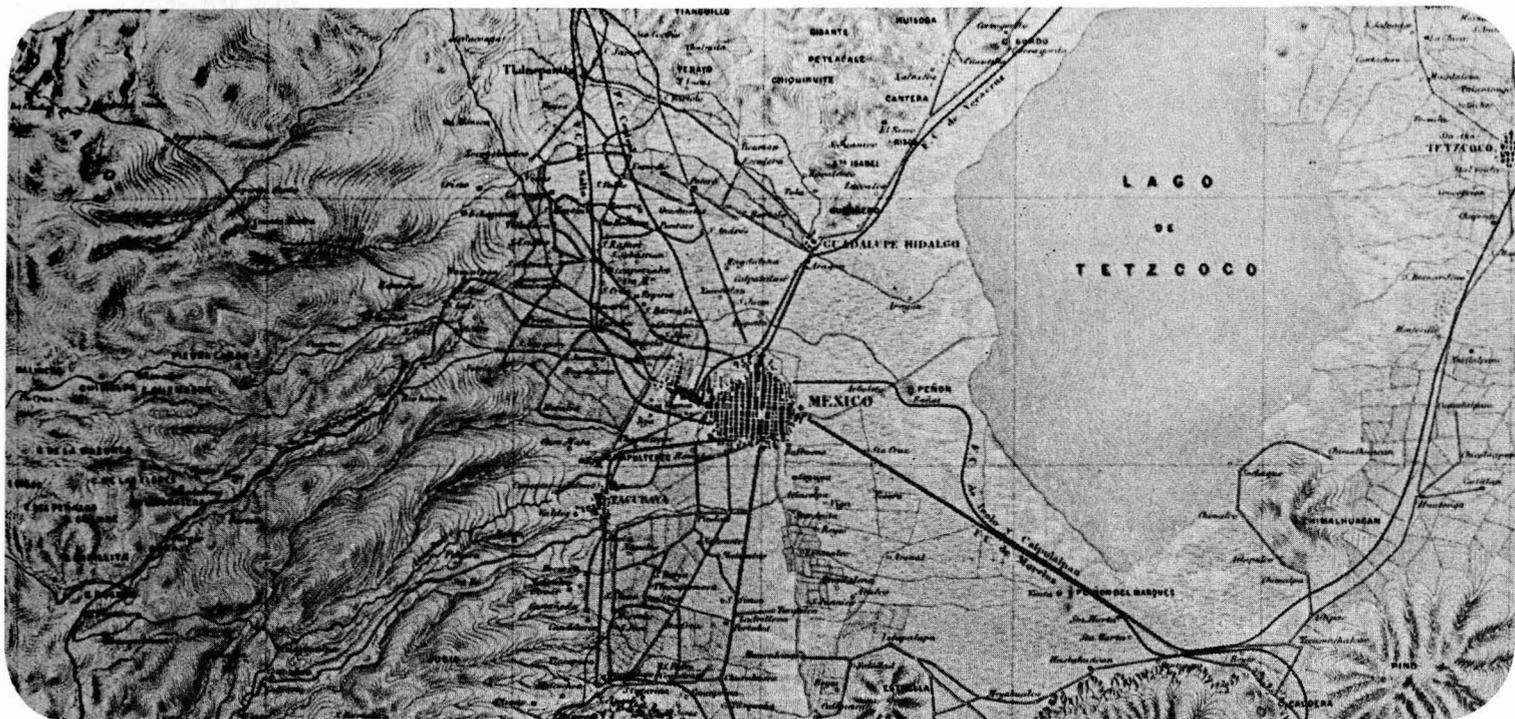
narca.

Yo no pude seguir escuchando con calma, y después de decir al cura que esos preladados eran unos traidores infames, y que aquella manera de hablar no parecía digna de un mexicano, manifesté al cura que había contenido mi cólera al estar oyéndole, pero que sentía agotada mi paciencia y que me retiraba, sintiendo sólo haber estado algunos instantes en compañía de un hombre sin patriotismo y sin virtudes.

El cura me contestó entre confuso y alarmado.

— Señor, yo no soy más que un cura, no debo mezclarme en cuestiones políticas, sino sólo en el cuidado de las almas. Mi soberano está en Roma, y mi patria está en el cielo. Así, pues, yo no hago más que echar una leve ojeada sobre este mundo de miseria.

— Adiós, señor cura, le dije, tomando mi sombrero; yo debo estar un momento más aquí; salude usted a las señoritas, y guárdese usted de predicar a su pueblo esas doctrinas criminales, porque no siempre ha de tener usted la fortuna de ser escuchado pacientemente.





IV

Me retiré a mi alojamiento profundamente disgustado. En el camino observé, a pesar de la oscuridad, que un hombre me seguía.

Era el pobre maestro de escuela.

Lo esperé, y luego que estuvimos juntos, me dijo.

—Señor diputado, comprendo la indignación de usted. No se puede oír hablar de tal modo sin que el corazón se subleve. Pero así son todos los curas. Figúrese usted cuánto tendré que sufrir aquí con un hombre semejante.

Yo soy un pobre maestro de escuela; como usted supondrá, no soy de aquí; pero la necesidad y el haber adoptado la profesión de mi bueno y pobre padre, que también era preceptor, me ha obligado a buscar mi subsistencia enseñando muchachos.

No crea usted que sea yo bastante atrasado para merecer mi posición de hoy. Tengo algunos conocimientos mayores de los que necesitan para estar aquí; pero en las ciudades los destinos están ocupados, y además, cuando vi la convocatoria para llenar la plaza de preceptor de este pueblo cuyo censo conocía ya, creí que era un buen destino, que sería yo pagado regularmente, para poder mantener a mi madre, a mi esposa y a mis hijos.

Me equivoqué, y hace dos años que sufro aquí tormentos indecibles. Jamás me pagan con puntualidad, me deben ya cuatro meses, y usted lo ve, me muero de hambre, mi familia no puede salir a la calle porque está desnuda, mi madre se muere, y mis hijos no tienen fuerza ni para estudiar.

Aquí todo lo de los pobres indígenas, es para el cura y para las funciones de iglesia. Yo no culpo a los indígenas, cuya ignorancia no ha podido remediarse. Yo culpo a los curas que los mantienen en ella para sacar provecho. Ya usted ve qué vida pasa el cura con sus queridas e hijos. Vive en una casa amplia y cómoda, mientras que la escuela es de paja y se está cayendo. Tiene una servidumbre numerosa que el pueblo le da, turnándose en la cocina y en los quehaceres de la casa las mozas más robustas y los mancebos más trabajadores, que los alcaldes envían por semanas. No contento con eso, es inflexi-

ble en el cobro de los derechos parroquiales, de las misas, etc., etc., y el milagroso señor que tenemos en la iglesia, es una casa de moneda para el insaciable sacerdote.

He querido enseñar a leer a los niños por un sistema económico y que ahorra el gasto de libros; pero él se opone, como usted ve, alegando la rudeza de los indios. Los alcaldes lo respetan, le temen y no se atreven a contrariarlo. Resultado: que usted me ve humillado siempre, obligado a acompañar con la guitarra a la picaruela compañera de sus alegrías y a sujetarme siempre a sus caprichos, so pena de morir apedreado aquí por los indios azuzados por él. Y no lo dude usted señor, así están todos los pueblos.

Pero ahora sí, no quiero sufrir más. Ya hace días que el cura está predicando contra la República y su gobierno, y diciendo a los indios que el rey que va a venir, es el enviado de Dios, que será el padre y el protector del pueblo, y que los liberales son unos herejes, unos hijos del diablo, enemigos del señor milagroso y tiranos de los indios. De este modo, no espere usted que la invasión sea rechazada aquí, ni que la patria cuente con ninguno de estos feligreses fanatizados por el cura. Pero yo, que declaro a usted que soy patriota exaltado, yo, que a pesar de mi miseria deseo tomar un fusil y batirme con el invasor, yo ruego a usted señor, que hoy que tiene que pasar por la cabecera de distrito a que llegará usted mañana, se digne conseguir que me paguen por allá, no mis cuatro sino dos meses de sueldo para sacar a mi familia de aquí, ver cómo la dejo con un tío que tengo acomodado, y que me está llamando hace días y marcharme a ofrecer mis servicios a la patria.

Abracé conmovido a aquel noble hombre, le ofrecí lo que necesitaba para trasladarse, que era bien poco, y le prometí hacer por él cuanto fuera posible.

El pobre maestro lloraba, y no sabía qué hacer para manifestarme su agradecimiento.

—Lo único que siento, añadió, es dejar a mis discípulos, a mis pobres inditos, tan buenos, tan hábiles, tan aplicados, y que lloran al verme hambriento y roto. ¡Oh! usted no sabe cuán bueno es el corazón de estos niños indígenas, y cuán bella su alma y cuán dispuesta para recibir la santa semilla de la instrucción. Si la República triunfa, señor, como lo espero, es necesario pensar en mejorar la condición de la escuela y la suerte



de los maestros. Yo volveré a serlo entonces, porque yo ejerzo el profesorado como un sacerdocio, y no como un oficio supletorio; yo amo la enseñanza, y yo lo espero todo de ella. ¡Que triunfe la República, y la escuela popular eclipsará a la parroquia, el maestro eclipsará al cura!

V

Pero la República triunfó, y ¡triste es decirlo! la condición de la escuela no ha mejorado como era de esperarse.

Verdad es: que algunos gobernadores generosos y sinceramente demócratas, han emprendido el apostolado de la enseñanza popular con verdadero entusiasmo. Son pocos ¡ay! muy pocos, y sus nombres cabrían en una de estas líneas.

A la cabeza de estos dignos republicanos, debe la justicia histórica colocar al joven y esclarecido general Corona⁶, que sin ostentación, sin ruido y sin más mira que la de probar con hechos su amor acendrado al pueblo se ha declarado el protector de la instrucción pública en Occidente, ha abierto escuelas, las ha dotado, ha comprado libros de texto liberales y ha echado los cimientos de una sólida enseñanza en aquellos apartados pueblos. También son dignos de mención, el general Arce, gobernador de Guerrero, que procuró antes de verse envuelto en las complicaciones que han surgido allí por desgracia, establecer en los pueblos desgraciados del Sur, la instrucción popular, como nunca se ha visto. El modesto ciudadano Lira y Ortega⁷, gobernador de Tlaxcala, ha hecho también, en pequeño y pacífico Estado, grandes esfuerzos. El general Félix Díaz⁸ se ha mostrado igualmente activo en Oaxaca respecto de la instrucción pública.

Pero hay gobernadores que tienen manía de construir edificios de lujo, y que son inútiles si falta la instrucción popular. A estos gobernadores hay que recordarles aquella palabra de Víctor Hugo hablando del libro y del edificio: "Esto matará aquello", es decir: la instrucción será la fuerza; no el palacio.

Otros gobernadores, no comprendiendo el espíritu eminentemente civil de nuestras instrucciones, quieren con-

vertir su Estado en cuartel, y sólo piensan en organizar tropita, en vestir oficiales y en crear pretorianos holgazanes, que no pueden ser más que tiranos en los pueblos agrícolas, mineros e industriales.

Otros, en fin, se sumergen en las ondas de arena del marasmo, de la dejadez, y para nada se acuerdan del pueblo infeliz. Pero los más culpables son los que hacen transacciones con las ideas antiguas, los que tienen miedo a la escuela laica, los que rebeldes a las leyes de Reforma, no quieren comprender que el Estado no tiene religión, ni debe tenerla: que por lo mismo, no deben permitir la enseñanza de ella en sus escuelas, porque esto sería hacer imposible la libertad de cultos. Estos gobernadores, transigiendo con escrúpulos de vieja, y sobre todo, con exigencias de nuestros eternos enemigos, previenen la enseñanza del Catecismo de Ripalda, o al menos no vigilan que se proscriba, no procuran la independencia del maestro de escuela respecto del cura, y no introducen las reformas indicadas en la ley; pero cuyo desarrollo pertenece al legislador local.

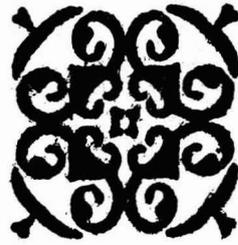
VI

En México, por ejemplo los profesores son buenos, y además de reunir un buen caudal de conocimientos, se muestran laboriosos en sus tareas, y resignados con la triste posición en que se les tiene. Porque, confesémoslo, están pagados mal, muy mal.

Hay además aquí una cosa notable, y es: que las señoritas que se dedican al profesorado, se han distinguido en los últimos años por su capacidad para tan importante magisterio. Eso explica el porqué en los Estados Unidos, en la Suiza y en Alemania, los tres pueblos modelos respecto de enseñanza, son preferidas las mujeres para ocuparlas en el profesorado.

La Sociedad Lancasteriana es un Seminario de buenos profesores. El municipio, particularmente, en los dos últimos años en que los regidores de instrucción pública han sido los CC. Baranda y Bustamante, ha autorizado también a numerosos profesores, estimulándolos con menciones honrosas.

Pero falta algo: falta la Escuela Normal⁹ y con una



organización como la tiene en los países citados antes, moderna, ilustrada; que sea un modelo y no una copia.

VII

Todavía hay quienes crean que los jesuitas son aptos para dirigir las escuelas repúblicas: todavía hay quienes las confían a las Hermanas de la Caridad, instrumentos del jesuitismo y del retroceso. ¡Válganos Dios!

La escuela confiada al clero, es propia sólo de las monarquías absolutas. En una República, tal institución es un contrasentido y un peligro constante. La educación dirigida por el sacerdote, es una añeja monstruosidad heredada de los chinos y de los egipcios, y aprovechada por la teocracia hasta el siglo XVI en algunos países de Europa, hasta el siglo XIX en México: ¡qué vergüenza!

Sí: la tolerancia de cultos establecida ya, no puede permitir eso, la República y la Reforma no pueden confiar a sus hijos, a sus soldados de mañana, a las manos de sus eternos enemigos. Sería entregarse maniatado el vencedor al vencido. Sería obligar al pueblo, que tanto ha luchado, a emprender cada diez años un trabajo de Sísifo desesperante. ¡No más transacciones!

Desde el momento en que el estado interviene en una escuela, la religión y el sacerdote o la sacerdotisa deben salir por la otra puerta. De otra manera, borremos con manos indignadas los santos principios conquistados por la reforma, y marchemos a las tumbas de nuestros mártires para llorar por la inutilidad de su sacrificio.

¡Las Hermanas de la Caridad! Dejemos a los conservadores y a los clérigos que ensalcen su utilidad, y encojámonos de hombros. Nosotros no debemos hacer coro a semejantes doctrinas.

Para nosotros, la hermana de la caridad es una infeliz mujer llena de ignorancia y de preocupaciones, manejada por un jesuita ambicioso, y que es absolutamente inútil para enseñanza. Apelamos a las pruebas de bulto. Que sostenga, no digo una escuela de provincia dirigida por hermanas de la caridad, sino la casa central de México, una oposición con la última de las escuelas municipales o Lancasterianas, y nos daremos por vencidos, si la escuela religiosa vence.

Pero, ¡qué van a enseñar esas pobres mujeres alucinadas e histéricas! Lo que ellas enseñan es una devoción tan inútil como estúpida; lo que ellas enseñan, es la esclavitud mujeril, la abyección, el odio a la libertad, que va perpetuando la generación de mujeres sin patriotismo, la indiferencia a la libertad, todas esas doctrinas malsanas, oscuras, innobles, que nacen en el claustro, en las frías naves de la capilla, en los extravíos del misticismo corruptor, y en las peligrosas intimidades del confesionario, y en las lecturas banales de los librillos que vienen de la casa central de París.

En estos conventos, que tenemos la tolerancia de sufrir aún cuando han invocado la protección del ex-emperador de los franceses; hay, como en los pantanos, algas dañosas para el espíritu de las niñas, y un foco de aversión a las ideas de patria y libertad.

Y no hay aquí exageración ni espíritu de partido. Jamás había yo escrito contra las Hermanas de la Caridad¹⁰; pero yo las estudiaba, las seguía de mil maneras, he interrogado a sus alumnas, he recibido la confianza de algunas familias, y sobre todo, he analizado la institución, su objeto, su organismo, sus medios; y no vacilo en creerlas peligrosas, mucho más hoy, que se les han concedido ciertas preeminencias en la instrucción pública. ¡Por Dios! ¿Hay tan pocas mujeres dignas de México, que tengamos que acudir para la dirección de nuestra juventud, a estas misioneras de los jesuitas franceses y españoles?

Acépteselas, si se quiere, en los hospitales; yo, aún allí les disputaría su utilidad, y conmigo estarían casi todos los profesores de México, es decir, aquellos que no ocultan sus convicciones tras de una máscara hipócrita, con la cual se captan el cariño de una clientela aristócrata y devota. Acépteselas allí para que disputen con los médicos, ellas que han salido muchas veces de la cocina de España o de la granja de Francia, para vestir el hábito; acépteselas para que mortifiquen a la infeliz mujer, cuyas faltas la hacen más digna de indulgencia que de severidad; para que recen el rosario a los padres enfermos, deseosos de paz y de silencio; para que so pretexto de consagración a la humanidad doliente, sean alcancías ambulantes de un directorio que está en el extranjero. . . sí, aceptémoslas; pero cerrarles las puertas de la escuela república, de la escuela de Estado, no sólo es conve-



niente, es un deber sagrado.

Que me perdone mi respetable amigo el Sr. D. Mariano Riva Palacio¹, gobernador del Estado de México, si he podido ofenderle en las anteriores palabras. No ha sido tal mi intención, y lo respeto y lo estimo mucho, para atreverme a ello. Yo establezco en tesis general mis ideas, y guardián celoso del espíritu de la Reforma, la defiendiendo con todas las nobles armas del escritor.

Por lo demás, el Sr. Riva Palacio no ha hecho, al confiar la dirección de un colegio de señoritas a las Hermanas de la Caridad, más que ceder a las insinuaciones que le hicieron personas que habían dado sus fondos.

Está bueno: sólo es de sentirse que el gobernante republicano no haya podido separar su carácter público de su carácter privado al autorizar semejante acto, y también es de sentirse que el colegio se haya levantado en un edificio de la Nación, como es el ex-convento del Carmen.

VIII

Elevar al profesor, es evidentemente engrandecer la escuela. En vano se dotaría a ésta espléndidamente, si había de dejarse al preceptor en la posición azarosa que ha tenido hasta aquí.

Y puesto que se reconoce que el magisterio de la enseñanza pública es de una importancia vital para el progreso de las naciones, es preciso levantarlo al rango de las profesiones más ilustres, y eso se hace de dos maneras: exigiendo en el maestro una suma de conocimientos digna de su misión, y dando atractivo a ésta con el estímulo de grandes recompensas y honores.

Cuando el maestro de escuela sepa que va a ser pagado como el juez de letras, como el prefecto de distrito, como el ingeniero o como el general, y que el Estado lo ha de condecorar como a los ciudadanos más distinguidos, entonces veremos precipitarse a la juventud en la carrera del profesorado, y brillar el talento en la escuela, como brilla en la Academia y en el Parlamento, con la nueva y poderosa luz de la gloria.

¿Y por qué no ha de ser así? ¡Es tan sublime la misión de enseñar a los niños!

Martín Lutero, el gran reformador de la educación en Alemania, decía las siguientes palabras:

“Todo el oro del mundo no sería suficiente para pagar los cuidados de un buen profesor. Tal es el parecer de Aristóteles, y sin embargo, entre nosotros que nos llamamos cristianos, el preceptor es desdeñado. En cuanto a mí, si Dios me alejase de las funciones pastorales, no hay empleo sobre la tierra que yo ejerciese con más gusto, que el de preceptor; porque después de la obra del pastor, no hay ninguna más bella, ni más importante que la de preceptor. Y todavía vacilo en dar la preferencia a la primera; porque ¿no es cierto que se logra convertir a viejos pecadores, más difícilmente que hacer entrar a los niños en el buen camino? *

Es necesario independizar al preceptor de toda tutela, particularmente en el campo, y sólo ejercer sobre él la inspección conveniente, como es natural, cuyo encargo debe comentarse al municipio o al visitador de escuelas.

De esta manera se logrará darle dignidad, y hacerlo más respetable todavía en los pueblos, porque esta respetabilidad le viene más de sus conocimientos, de su independencia. Así dice con razón Edgar Quinet: “¡Cuántas veces me ha sucedido, admirar el sentimiento de respeto que en la más humilde cabaña se tiene al maestro de escuela!, porque no es ni el servidor del sacerdote, ni su rival; es su colega, su socio”.**

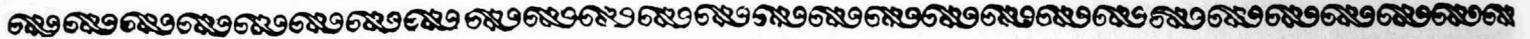
Sobre todo, es indispensable más que nada, hacerle comprender que su misión es religiosa, que sus ideas morales no deben fundarse en la estrecha base de una religión cualquiera, sino que tienen que abrazar una esfera amplísima. El va a enseñar el dogma del ciudadano; no cultos, no liturgias, no preceptos sacerdotales. “El preceptor tiene un dogma más universal; porque habla a un tiempo al católico, al protestante, al judío, y los hace entrar en una misma comunión civil”. Estas palabras del sabio Quinet, son justamente aplicables a nuestro modo de ser actual.

Si se hubiesen tenido presentes por los gobiernos o los ayuntamientos, no tendríamos ya que lamentar, como lamentamos todos los días, los conflictos a que da lugar, a veces, la preocupación de un pueblo ignorante, y otras la indiscreta oficiosidad de un preceptor anti-liberal.

Que conozca a fondo la historia-patria, que comprenda el espíritu de las instituciones democráticas; esto es claro

* Véase a Schaeffer. “De la influencia de Lutero sobre la educación del pueblo”, cap. II, a Bretschneider. *Lutter an unsere Zeit.* 104. (N. del A.)

** Edgar Quinet. *La Enseñanza del pueblo*, esp. XIII-Catolicismo y Protestantismo en la enseñanza. (N. del A.)



que debe pedírsele con rigurosa exigencia. Lo contrario ha hecho que los maestros hasta aquí hayan educado cuando más, buenos lectores, buenos escritores, buenos tenedores de libros o gramáticos: pero ningún ciudadano, ningún patriota.

De manera que, recapitulando y sirviéndonos de norma las disposiciones que rigen en Suiza, en Alemania y en Los Estados Unidos, nos atrevemos a indicar a los legisladores y a los ayuntamientos, el siguiente programa de

estudios de la Escuela Normal de Profesores:

Lectura-Escritura-Aritmética-Gramática elemental-Moral-Historia política de México-Derecho constitucional-Geografía elemental-Nociones de Botánica y Zoología-Dibujo y Música. Los idiomas constituyen un adorno, y se considerarán de preferencia el inglés y el alemán al francés.

En mi estudio *La escuela modelo*, daré la razón de estas indicaciones, porque allí es su lugar.

El Federalista, Número 43, 20 de febrero, de 1871

Notas

1. Don Benito Juárez llegó a San Luis Potosí el 9 de junio de 1863, la cual sería, hasta el 22 de diciembre, capital de la República. Al día siguiente, Juárez publicó su manifiesto a la nación. Los empleados del Gobierno y los diputados, fueron llegando a San Luis por sus propios medios.

2. Topile: encargado de las iglesias en pueblos y rancherías; de *tipilli*: vara de justicia.

3. En el estado de Guerrero, significa ranchería, congregación. *Santamaría*, p. 315. El estado de que Altamirano no quería acordarse era, acaso, Guerrero; de donde habría partido hacia San Luis Potosí.

4. El 7 de junio de 1863 entraron las avanzadas francesas en la ciudad de México. Tres días después llegó Forey y expidió su "decreto", ordenando la formación de una "junta de gobierno", la cual nombraría al "poder ejecutivo". El 7 de septiembre Forey pasó revista a las gavillas de Tomás Mejía, las cuales cayeron sobre Querétaro en Noviembre; mientras, las partidas de Leonardo Márquez y las tropas de Castagny ocupaban Morelia; el 4 de diciembre, Mejía entró en San Miguel Allende; el 9, Bazaine y Mejía ocuparon Guanajuato. El día 27 los soldados mexicanos, al mando de

Negrete, fueron derrotados. Juárez, en el mineral de Catorce, esperó el resultado de aquella batalla. El 9 de enero llegaba a Saltillo.

5. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, nombrado miembro de la "junta de gobierno" por Forey y en cuya ausencia le sustituyó el obispo de Tulancingo, Juan B. Ormachea.

6. Ramón Corona (1837-1889). Uno de los mejores generales de la República durante la intervención francesa.

7. Miguel Lira y Ortega (? - 1882).

8. Félix Díaz (1833 - 1872) General de brigada y gobernador de Oaxaca.

9. La escuela de maestros se creó por Decreto del 17 de diciembre de 1885, según el proyecto elaborado por Altamirano.

10. Por la reglamentación de las Leyes de Reforma, en 1874, las Hermanas de la Caridad salieron del país en 1875.

11. Mariano Riva Palacio (1803-1880) Ministro de Justicia y de Hacienda y gobernador del estado de México.



EL DIA 13 DEL CORRIENTE

Falleció en la ciudad de San Remo
(Italia)

EL SEÑOR LICENCIADO

Ignacio M. Altamirano

Con el más profundo dolor
lo participan á usted
su madre política, sus hijos, hijas
y demás deudos.

México, Febrero 15 de 1893.



Paris Abril 15-1892

Muy amada hija mia

Cata:

Fu carta escrita con lápiz en tu cama me ha' causa- do inmenso placer porque ves que ya estas buena, que ya se acabo' la crisis de ese cuarto alumbraimiento, cuya expectativa me tenia en in- quietud.

Fluy en vieiras sante, pero aqui esto no se cele- bra como en otros. Sin embargo hay conciertos de mi- ra y de la noche - misp... a dar un pance.

Ya nos figuramos a' ella - garita - rubia, sonrosada - que te cita - que ya sonrie, apaisible linda y que se parecera' a' Hector

La besamos desde aqui, y cuando yo me pates en mi saloncito, pensativo y callado, es que pienso en ella, es decir, que la veo y la aca- ricio como en sueños, ¡ como voy a' encantarme con esos pelones! Me alegro de que mi carta te haya hecho bien; Le deseo tanta felicidad!

Dentro de otros dias estaremos ya en nuestra nueva casa - no 10. calle de Montholon, a' un paso de aqui y cerca, en frente del jardin Montholon que hoy esta' cubierto de yerbura y de flores. Es una casa mas grande y mas bonita que la que hemos ocupado aqui' cerca de dos años. Tiene una pequeña ante- sala, un gabinete de estudio, salon, comedor, dos recámaras, gabinete de tocador - cocina muy amplia, re- cámara de Aurelio - Water - closet dos cuartos para lavadero en el 6º piso, estufa en entubado y una cave para el vino. La casa esta en el primer piso

del edificio que esta' en el án- gulo formado por las calles de Lafayette y de Montholon. La entrada se halla en esta calle. Dan a' ella la antecala, mi estudio, el cuarto de Aurelio y la cocina y. Tienen mucha luz de oriente. El sa- lon que esta' en el ángulo da a' la plaza de Montholon donde esta' el jardin y su gran ventana de frente, tiene hermosa vista desde la que se descubre toda la calle de Lafayette hasta el gran teatro de la Opera - El salon tiene otras dos ventanas que dan a' la calle de Lafayette. El co- medor, las dos recámaras nuestras, de las cuales una ocupamos muy amplia, y otra esta' desocupada, asi como el gabinete de tocador, dan a' la calle de Lafayette y recibirán luz tambien al mediodia y en la tarde. La casa tiene ca- torce ventanas. Nunca hemos temi- do una casa con tantas ventanas. La que tenemos hasta ahora tiene

cinco que dan a' la calle de Lafayette y tres que dan a' patios interiores. Me cuesta al año 4500 francos - es decir que me sale al mes por setenta y cinco pesos. En México no hubiera yo encontrado una igual por esa renta. La han empapelado de nue- vo y pintado, y esta' preciosa.

Por la que teniamos pagaba yo cincuenta y cuatro, pero el inco- nveniente y pequeño, y no tenia yo ni donde poner mis libros. Debia ha- berme mudado antes, pero he dejado que se seque bien, y la duena, de la que ocupo aun, que es muy buena, y me quiere, me ha' permitido estar otros dias mas sin pagar nada. He sido muy buen inquilino y siento mi separacion. Me alegro de que la Fonta de Surpe haya comprendido que debe ser seria con Franquito. Me conoices mi caracter, y esto me satisface. Franquito no tiene buen por- mado el corazon.

Cuidate aun, recibe los besos de Mar- garita que te escribirá' próximamente. Da- selos a' los chiquitos y tu recibe el co- razon de tu padre. Ignacio M. Almirante